LA LUCHA

DE LOS

DOS PRINCIPIOS EN BOLIVIA

(LA PRIMERA CAMPAÑA)

POR

AURELIO BELTRAN.



LA PAZ.

IMPRENTA DE «*El Siglo Industrial.*»—Calle de Junin, N.° 11.

1886.

El 9 de febrero próximo pasado, apareció, en el número 306 de «La Razon», un editorial intitulado El Liberalismo, cuya lectura nos indujo á publicar, en el número 316 de «El Siglo Indústrial» (13 de febrero), otro escrito que lleva igual epígrafe.

Con tal motivo nos vimos empeñados en una contienda que, poco honrosa para nuestros adversarios, nos valió mas de un aplauso del público sensato é imparcial.

Por esto y, mas que todo, por insinuaciones de personas ilustradas y respetables, damos, reunidos en el presente folleto, nuestros editoriales de «El Siglo Industrial».

EL LIBERALISMO.

El partido que inscribe en su bandera el lema que encabeza estos renglones, acaba de hacer su profesion de fé ¿Há hablado con sinceridad, ó solo ha hecho uso de un medio aconsejado por una *hàbil política?*.

Queremos creer lo primero.

Partiendo de aquí, nos es necesario espresarnos sin ambajes y exijir igual conducta de los apóstoles del liberalismo.

Hecha abstraccion de los pueblos que aun duermen en brazos del pasado, es esencialmente *uno* el carácter con que se manifiesta la sociedad moderna. Verdades ó errores, temores ó esperanzas, ideas ó delirios, todo lo bueno y todo lo malo llevan la profunda impresion del sello especial del siglo XIX. Nuestra civilizacion es, por consiguiente, idéntica en todas las naciones que disfrutan de sus beneficios y sufren sus inconvenientes. El flujo y el reflujo de las doctrinas son universales y ajitan, sin escepcion, todas las capas de este océano tempestuoso llamado humanidad contemporánea.

Tanto en ultramar como en América, hay semejanza de tendencias y aspiraciones. Bajo este punto de vista, no hay, pues, viejo mundo ni mundo nuevo; bajo este punto de vista, aparece, fundamentalmente uno, el *mundo moderno*.

¿Quién será capaz de poner en duda esta verdad, este *hecho positivo?* Nadie, y menos que cualquiera los ilustrados redactores de «La Razon».

Ahora bien, en medio de las luchas del siglo, solo se presentan dos falanges combatiendo sin tregua. No nos importa averiguar qué pasiones ni qué intereses mueven á los adalides

que forman en cada uno de dichos bandos. Por el momento tratamos únicamente de poner en claro esta realidad:—*el liberalismo lidia á muerte con el catolicismo.*

Ya que ha llegado el momento de esplicarse, preciso es hacerlo con el lenguaje severo, franco y sin reticencias que dicta una conviccion profunda. Es con tal fin, y con el indiscutible derecho de todo adversario leal, que nos dirijimos á los redactores de «La Razon».

Decidnos, caballeros, ¿sois católicos ó liberales? Decídnoslo con la palabra séria y digna del título que os damos.

Sabeis como nosotros, y mas que nosotros, que vivimos en un tiempo agitadísimo en que todo se halla trastornado, todo, desde el fondo de las doctrinas hasta la significacion de las palabras. Sabeis que de esta ebullicion de verdades y absurdos, de ideales y utopias han surjido monstruosas aberraciones. Sabeis que en la obra sintética del siglo se levantan dos entidades que se escluyen y pugnan con encarnizamiento:—la Iglesia católica y la secta liberal. Sabeis, en fin, que la libertad bien entendida se halla en el seno del catolicismo; pero, que esa hermosa palabra ha quedado monopolizada por los que la adulteran y deshonran, resultando de aquí: que liberalismo es la antitesis de catolicismo.

Sentado esto, decidnos, pues: ¿sois católicos ó liberales? Y si sois lo primero ¿por qué os distinguís con la denominacion que han infamado los satélites del desórden y la licencia?

Esperamos que vuestra hidalguía disipará nuestras dudas.

(¿Podían darse mas circunspeccion y cultura que las que distinguen al precedente artículo?—No, por cierto.—¿Y cómo replicó «La Razon»?—Llamándonos, en su número 308, intransijentes; desfigurando nuestros conceptos; diciendo que afirmábamos un monstruoso absurdo; que, en letras de molde, escribíamos el mayor disparate; que estábamos dominados por ódios mezquinos y vulgares preocupaciones; que ajitábamos la bandera apolillada del Santo Oficio; que rifábamos la túnica de la Pátria por 30 dineros.........y otras desvergüenzas á cual mas inconducentes y soeces.

Esto esplica el tono con que nos espresamos en el editorial que sigue).



¡¡LOS LIBERALES!!.

«La Razon» ha hablado; pero lo ha hecho tan lastimosamente, que nos vemos en la precision de servirle de lazarillo, para llevarla al sendero de donde no debía apartarse á fin de no aparecer en la posicion falsa y en la ridícula actitud que acaba de tomar.

No es el estravismo solamente lo que la ha arrastrado al abismo de la falsedad y del absurdo. Es mas:—una ceguedad incurable.

Formulamos sin rodeos la base de la discusion, y los intérpretes del liberalismo responden con frases que no vienen al caso. Les interrogamos, y nos arrojan, á manos llenas, las armas vulgares que, para todo evento, guardan en su arsenal de lugares comunes.

Por fortuna, no estamos hablando en el desierto. La sociedad asiste al debate. La opinion, «reina del mundo,» tiene, pues, que fallar, y fallará como lo hacemos nosotros.

¿Aquella contestacion liberalmente ácre y descomedida corresponde á la pregunta que hicimos? Nó.

¿Qué papel desempeñan los que discuten con tan poca lealtad? El papel del vencido sin combate, el papel del fanático que, careciendo de razon, en vez de callar, declama contra los hechos y grita locamente negando la evidencia que destruye sus aserciones.

Don Anacleto, que echa el reloj al agua y mide el tiempo en el huevo, ha inspirado á nuestros contrincantes.

Habiamos creido que los liberales de «La Razon» se hallaban á la altura de la mision encargada al periodismo ilustrado y sensato. Sueño! ¿Acaso no son *liberales*; y, aunque escriban en Bolivia, no siguen la táctica que los de su camada emplean en todas partes?

Nos figurábamos que aquellos sábios estaban al corriente de lo que pasa en la tierra; nos figurábamos que conocían el movimiento de las ideas y el carácter de la lucha contemporánea. Ilusion! ¿Cómo había de ser así, cuando recien bajan de la luna cabalgados en la nariz de Cirano de Bergerac?

Ya que no tienen nocion alguna de la civilizacion actual, fuerza es enseñarles lo que no saben.

Y la primera leccion que necesitan es esta:—En el planeta tierra, no se hacen las cosas como se harán en su satélite. Aquí, nadie,—á escepcion de los liberales selenitas de «La Razon,»-nadie se aventura á discutir sobre lo que ignora, y quién se atreve á hacerlo, solo usa de la libertad de desbarrar.

Es imperdonable la falta del contrincante que desfigura los conceptos agenos. Los católicos llamamos á semejante proceder una deslealtad, una infamia. Quizá no sea lo mismo para los liberales. Pero, de cualquier modo que séa, escribir alterando el sentido de las palabras del adversario, es «escribir sin conciencia,» es escribir dominado por «ódios mezquinos y vulgares preocupaciones.»

¿Cuándo dijimos que «la libertad y la religion se òdian y combaten?» Nunca! Nuestro contendor escribe, por consiguiente, de oidas, lo que es muy triste; ó bien,falta cínicamente á la verdad, lo que es muy criminal. En uno ú otro caso, ante la opinion pública, ha descendido al ínfimo terreno de los que, no pudiendo argumentar, vociferan y calumnian. No merece siquiera ocupar el poco honroso rango de sofista, porque le falta la dialéctica menos especiosa para ello.

No sabíamos que *precision* fuera sinónimo de *intransijencia,* ni que la afirmacion de un hecho universal y palpable tuviera el nombre de monstruoso absurdo.

Tenemos, pues, que agradecer á los *liberales racionales* por el conocimiento de novedades tan estupendas. ¡Qué adelantos los que nos vienen de la luna! Y lo lamentable es, que en esta baja y atrasada tierra,se dá á aquellas verdades el bárbaro nombre de «disparates escritos en letras de molde». ¿No es cierto que somos muy salvajes? Si, lo somos, porque á los que nos enseñan tales maravillas tenemos costumbre de llamar locos ó idiotas, cuando en realidad nosotros merecemos tales epitetos, á causa de aferrarnos estúpidamente á la razon y al buen sentido.

Si siguiéramos las lecciónes del liberalismo lunar, llegaríamos á hablar el inglés en español, y,.....basta. Nuestra naturaleza es diferente, y nos hace decir: que los escritores eximios como los que ahora comprenden al revéz lo que pensamos, se «meten, segun una frase vulgar, en camisa de once varas». ¡Qué intransijencia! qué monstruoso absurdo!

El liberalismo lidia á muerte con el catolicismo. ¿Quién lo niega?—Los selenitas que bajaron cabalgados en la nariz de

Cirano de Bergerac.—Y en qué se apoyan?—En el sencillísimo è irrebatible procedimiento lógico que empleaba don Anacleto arrojando el reloj al agua y mirando la hora en el huevo.

Mas, á pesar de los liberales de la luna, el hecho existe, y las ideas anticatólicas se llaman liberales, y las doctrinas se formulan por boca de los enemigos de la Iglesia.

Ya que los sábios de «La Razon» ignoran á qué escuela pertenecen, sacarlos de su ignorancia lunar, es un deber de caridad para nosotros los terrestres.

Oigan, pues, los omnicientes hijos de don Anacleto.

Hablando de las luchas de la Iglesia con sus enemigos, dice Laurent: «Ella (la Iglesia) se puso á combatir abiertamente, á nombre del cristianismo, las ideas y las tendencias de la sociedad moderna.....; condenó como *irreligiosas las aspiraciones* LIBERALES......Los hombres *imbuidos del espíritu moderno,* por su parte, prodigaron el desprecio y el ódio á la Iglesia y á la religion cristiana.» (1).

«¿Por qué se separan de la Iglesia las clases ilustradas»? se pregunta en otra parte; y, de concierto con Rothe, responde: «porque no dá ninguna satisfaccion á sus necesidades intelectuales y morales; porque *contraría sus aspiraciones* POLÍTICAS.» (2).

El movimiento liberal se dirije á un fin. ¿Cuál? «*A que el Estado,* afirma Rothe, *reemplace a la Iglesia.*» (3).

¿Cuáles son, pues, en definitiva, los liberales? «No son tan solo algunos filósofos ó algunos escritores: *son todos los que abandonan el cristianismo tradicional,* y su número vá creciendo cada día.» (4).

«Nosotros (LOS LIBERALES) enseñamos hoy á nuestros hijos, que el cielo es una quimera.»

«La libertad es una vana palabra sin el libre pensamiento, y *el libre pensamiento es la ruina del catolicismo*: por tanto, EL LIBERALISMO ES ENEMIGO NATO DEL CATOLICISMO.» (5).

Apoyados en autoridades liberales de gran peso sobre la

---

(1). *Etudes sur l' histoire de l' humanité,* tome 17.
(2). *Id.*
(3). Rothe, *Disciple de Jèsus-Christ* tome 1e.
(4). Laurent, *La religion de l' avenir.*
(5). Laurent.

tierra, hemos comprobado lo real y evidente de nuestras afirmaciones. Convénzanse, por consiguiente, los liberales selenitas: de que, en este mundo, *el liberalismo lidia á muerte con el catolicismo.*

Como no seguimos la lógica de don Anacleto, olvidamos, por el momento, los demás cultísimos é inoportunos arranques de nuestros contrarios. Acostumbramos no ceder un ápice, cuando á nuestras fundadas razones se contesta solo con las impertinentes declamaciones que dicta el estravismo moral.

Hemos traido á la ciega «Razon» al verdadero punto de partida. Respóndanos ahora esa ilustrada hoja que, de puro sábia, falta á la verdad y, de puro sensata, desatina con tanto aplomo.

El liberalismo lidia á muerte con el catolicismo.

Decídnos, caballeros, ¿sois católicos ó liberales? Y si sois lo primero ¿por qué os distinguís con la denominacion que han infamado los satélites del desórden y la licencia?



MAGISTER DIXIT.

Acabamos de leer la circular que el jefe del partido liberal dirije á sus afiliados.

Es un documento sério que recibimos con la consideracion que merece, tanto por su naturaleza propia, como por la simpatía que conservamos á su autor.

Acatando debidamente las convicciones que este profesa, pasamos á hacer uso de nuestro derecho de adversario franco y leal.

Desde luego, declaramos que, al través de los pensamientos emitidos en dicha circular, manifiéstase palpablemente el fondo anticatólico de la doctrina.

Traspasaríamos la línea que nos corresponde seguir, si tratáramos de poner en tela de juicio las ventajas ó inconvenientes del liberalismo parangonándolo con las enseñanzas de la Iglesia.

Concediendo, por un instante, que los liberales continúen llamándose católicos, nuestro trabajo se simplifica en gran manera.—No necesitamos demostrar nada; sino, hacer recuerdo de lo que todo católico sabe.

¿Es cierto que la política tiene que ser completamente estraña á las ideas y á la influencia religiosas? Perdónenos el general Camacho: esta afirmacion es por completo falsa. La política y la religion se hallan tan íntimamente ligadas; hay entre ellas acciones y reacciones recíprocas tan constantes y no interrumpidas, que es imposible separarlas: porque ambas forman parte, y parte esencialísima de todo organismo social.

¿Puede darse una religion que no intervenga en la vida práctica del indivíduo y de la sociedad? No. Todo lleva la impresion del sello religioso,todo,desde el hogar hasta el templo, desde la inspiracion del arte hasta las instituciones que dicta la ciencia de gobierno. La política, por consiguiente, debe sufrir, y sufre la universal influencia de la religion, y sigue sus enseñanzas, y se amolda á sus preceptos.

De otro modo, ambas esferas se chocan, como á cada paso sucede.

En efecto, si la Iglesia preceptúa una cosa y el Estado decreta otra contraria, hay colision entre ambas entidades. Y como la religion «tiene que ser acatada y nunca examinada», la política debe ceder, ó declararse en abierta rebelion, luchar á brazo partido, haciéndose, desde entónces, *antireligiosa*.

Hé ahi cómo la política y la religion, aunque girando en su esfera propia, se hallan estrechamente unidas. Pudiéramos compararlas con dos astros que se trasmiten entre sí sus mas vivificadores efluvios; ó, mas exactamente, consideraríamos la religion como un sol que comunica su luz propia y fecundadora á su satélite llamado política. Desde entónces, si el satélite cambia de rumbo, se destruye la armonía, y tiene lugar un cataclismo, cataclismo que en el sistema social se conoce con el nombre de revolucion.

Si consultamos la historia, nuestra conviccion se fortalece: pues, ese libro de la humanidad y del tiempo nos suministra esta leccion nunca desmentida: Todo sistema político es el *fruto necesario* de un sistema religioso. A todo cambio en el Estado, precede *siempre* un cambio en religion: porque la innovacion en las creencias es la *causa eficiente* de la innovacion en las doctrinas y prácticas políticas.

Limitándonos al liberalismo,su primer ideal fué religioso, y empezó á realizarse con la Reforma, grito de guerra contra el Papado, llamamiento á la independencia del pensamiento.

Era necesario que esa insurreccion de las conciencias *con-*

tra la autoridad que reconocemos los católicos, pasára á la esfera política, porque, de otro modo, quedaría incompleta, ilusoria; lo que no sucede en las revoluciones humanas, que no se detienen hasta llegar á sus últimas consecuencias. Surgió, pues, el ideal político, se encarnó en el cerebro de los librepensadores del pasado siglo y comenzó á verificarse en la Revolucion del 89.

Este es, en toda época, el procedimiento lógico dela série. Primero, el término religioso; despues, el término político y social.

Pero ¿qué necesidad tenemos de apelar á la historia, cuando la naturaleza de las cosas nos enseña á cada momento, que es una ilusion separar la esfera política de la religiosa?

Por eso,—sin hablar en teoría,—por eso *existe* un poder político cristiano, opuesto al sistema liberal. Por eso se discute sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado. Por eso, *en todo el mundo civilizado*, luchan, en el *terreno político*, católicos contra liberales.

Así, pues: es, no solo falsa, sino *anticatólica*, la pretension de que «ni la religion, ni el sacerdocio, puedan intervenir en la política militante del pais».

Qué! ¿Acaso no es mision del Estado trabajar, en los límites de lo posible, para el desarrollo y perfeccionamiento de todas las partes del organismo social? Qué! ¿Acaso no es mision de la Iglesia inspirar al Estado y hacer que no se aparte de la senda trazada por Él que redimió á los hombres, mostró los inmensos horizontes del progreso indefinido y señaló el cielo como término final y grandiosísimo del destino humano?

«Dad á Dios lo que es de Dios; al César lo que es del César». ¿Es todo? Nó.—César, acata á Dios y observa los preceptos de su Iglesia.—Dios, dirije á César, reprueba sus desmanes y alumbra su camino.

El general Camacho dice,—no era ajustado á su lealtad el ocultarlo.—dice: que uno de los principios del liberalismo boliviano, es la libertad de cultos. En vista de esta declaracion, ¿se podrá sostener todavía, que el liberalismo político nada tiene que hacer con la religion? Iglesia y Estado aparecen aquí casi sin solucion de continuidad.

Repetimos, por consiguiente: que es un sueño el aislamiento recíproco de las dos entidades. Repetimos: que quién es liberal en política, ha de serlo forzosamente en religion.

A ésto, nos toca agregar, dado que hacemos la concesion de hablar entre católicos:—que la libertad de cultos, proclamada *en principio* por el liberalismo, es, *en principio*, condenada por el catolicismo.

Es falso, pues, que el partido liberal se haya formado«para la política y no para las sectas». La lógica protesta contra semejante afirmacion; la realidad la destruye.

Advertiremos tambien, que en la discusion actual, no hay para qué «abismarse en cuestiones teológicas». No tenemos que debatir sobre la Gracia, ni el libre albedrío, ni la Trinidad; sino sobre los *hechos* sociales, políticos, religiosos, porque este debate es indispensable. Y al discutir en el terreno político, no nos será dado prescindir de la filosofía: pues, la política sin la filosofía, ó es nada, ó es, como la Némesis antigua, ciega, fatalista, absurda.

Terminamos aquí, dejando sentado, que el liberalismo es *anticatólico* en su esencia, como lo demuestran las declaraciones de su caudillo.

(El número 310 de «La Razon,» aparece plagado de burlas, insultos, futilidades y torpezas sin cuento. Sin oponernos argumento ninguno, afirma: que escribimos «necedades y tonterías;» que «ensartamos desatinos». Dice: «que las malas causas, las malas propagandas, las malas intenciones, son siempre malas y despreciables;» «que los santones no han podido producir algo digno de una controversia;» que no conoce á Laurent ni á Rothe, sino á Krause y su escuela.—«¡Qué vaciedad!» esclama. Y en otra parte. se espresa así: «en las meriendas periodísticas de los conservadores, « no hallará jamás el lector ni una brizna de razones en cambio de « mostaza y alcornoques que contienen»:.....)



A LOS HIJOS DE DON ANACLETO.

No nos toma desprevenidos el manojo de ortigas y cardos que, á guisa de flores retóricas, vuelve á ofrecernos «La Razon».

No podían ser otras las uvas de ese majuelo. Que el público las saborée, porque, en especial, van dirijidas á él.

En cuanto á nosotros, ya sabemos lo que se debe hacer con *razones de pié de banco*. Refutarlas? No señor; eso es imposible; se refuta lo que tiene algun meollo. Lo demás se deja: porque lo demás es algo......como un ladrido.

¡Cuánto querrían los hijos de don Anacleto que descendiéramos á *boxear* con ellos en el basurero del liberalismo. Mas, semejante antojo es ilusorio: porque el giro de la discusion ha puesto la palmeta en nuestras manos.

Sigamos, por consiguiente.

Cuando à don Anacleto se le ocurre alguna cosa, es necesario que ella sea, aunque repugne, no diremos al sentido comun, sino hasta al instinto. Así ha de ser, aun cuando el cielo se desplome; así será, por mas que no pueda ser. El reloj será huevo, y el huevo será reloj. ¿Qué importa el absurdo? En la tierra se llamará así; pero, en la luna és cosa distinta. Esos que aquí abajo denominamos contrasentidos, caben perfectamente en su *razon sui géneris*; y, léjos de ser abortos, son partos netos de esa *razon*, y aun mas,—y aquí está el mérito,—partos laboriosos.

Sobre todo, para el que contradiga á don Anacleto, hay profusion de coces y otros argumentos parecidos en que sus hijos son fecundos. Dichos argumentos, por mas que no convenzan, son la *última ratio anacletorum*.

¿Qué sacamos con procurar que los krausistas *racionales* nos entiendan? Nada. Así, pues: hablemos para nuestros coterrícolas, dejando á un lado la anacletocracia.

Dicen los benditos de la luna: que son liberales en política y católicos en religion. Si tuvieran buen sentido, les contestaríamos así:—Bienaventurados ¿estaís locos? ¿No sabeis que el liberalismo es un sistema completo de doctrinas, un sistema que abarca todas las esferas de la actividad humana, todas, desde la religion y la política hasta la ciencia y el arte? ¿No sabeis que la política se roza con la religion; no sabeis

que ambas se engranan, por decirlo así, y se compenetran? ¿No sabeis, en fin, que la consecuencia lógica, forzosa de esta verdad es, que el liberalismo en política anuncia indefectible el liberalismo en religion?

«Soy liberal en política; no lo soy en religion». Disparate!

¿Qué diríamos de un indivíduo que se propusiera usar enaguas y levita? ¿Le creeríamos, por mas que nos repitiera, que es hembra de los piés á la cintura y varon de la cintura á la cabeza? No, seguramente. Lo que le contestaríamos, sería esto.. ¡Vade retro, embustero selenita! Eres hijo legítimo de don Anacleto.

Un católico no puede ser liberal, por la sencilla razon de que Quijote no puede ser Sancho, ni el reloj huevo.

Los sábios de «La Razon» rechazan la autoridad de Laurent y Rothe, porque dicen que no los conocen.—Aquí sí nos dejaron sin palabra. ¿Qué respuesta á tan sólido argumento? —Solo esta: «La Razon» es *tabula rasa*, y repite con el sábio: «lo único que sé es que no sé nada».

Entónces, ¿á què se mete en lo que no sabe? A desatinar solamente.

Pastelero á tus pasteles; pero tus pasteles, solo en la pastelería. La sociedad los repugna cuando embadurnan un órgano de publicidad.

¿Y conocerán á Straus los hijos de don Anacleto? Por sí nos favoreciera la casualidad de que al menos hayan oido ese nombre, les informaremos de que el liberal Straus, el mismo que escribió la famosa *Vida de Jesús*, dice: que ser liberal y católico es un sueno estravagante:que«es como mezclar el agua y el aceite. Mientras removeis los dos liquidos parecen hacer un todo; pero, desde que los abandonais,se separan,porque son *inaliables*».

Si «el liberalismo es la ruina del catolicismo», ¿es posible su amalgama?—Sí, dicen nuestros contrincantes.—¡Qué anacletada! replicamos. Y,en efecto,es una anacletada mayúscula.

¿Hablais de veras, senores lunícolas? ¡Cuán compasibles sois en tal caso! Es menester que os sirvamos de lazarillo.— Pero, si hablais con conocimiento de las cosas, soís muy bribones. —Mas. no puede ser así: pues, «lo que sabeis, es que no sabeis nada».

¿Es posible la amalgama del catolicismo con el liberalis-

mo? Oh, soñadores racionales!; ya que esto es hacedero; todo lo será. Entónces, fundid el oro con el barro; haced ascuas de nieve; trazad un cuadrado isósceles; prorumpid en estrepitoso silencio.

El liberalismo escluye al catolicismo. Un liberal es *esencialmente* anticatólico. Por tanto, el que pretende ser lo uno y lo otro, es un absurdo encarnado, mas absurdo y ridículo que el hombre con enaguas y levita. El que pretende ser lo uno y lo otro, ó miente, ó no se dá cuenta de lo que afirma; aquel es un embustero, y este un pobre de espíritu; á aquel se le deja, porque está triplemente armado de mala fé, hipocresía y obcecacion; de este se espera que abandone la bandera que cándidamente sigue.

Zegri ¡vuelve! ¿no vés que estás entre abencerrajes?

«Bárbaro! adora lo que has quemado; quema lo que has adorado!».

Liberal y católico!—Cabeza acéfala! Oh! esto es insoportable; es la última degeneracion de la lógica de don Anacleto. —No se toma relojes pasados por agua, ni se dá cuerda á los huevos. Tal cosa es imposible hasta en la luna. Y, todavía, reloj es solo *diferente* de huevo; en tanto que liberalismo es *opuesto* á catolicismo.

Afirman los selenitas de «La Razon», que son discípulos de Krause. Falta saber si conocerán la *filosofía armónica* de este, á la manera de don Anacleto, ó no la conocerán de ninguna manera. Y esto es lo mas creible, porque, á tener la mas ligera nocion del krausismo, no se hubieran atrevido á llamarse liberales en política y católicos, ó conservadores, ó antiliberales en religion; porque, á tener la mas ligera nocion del krausismo, no nos hubieran suministrado esta arma matadora para ellos.

En el próximo artículo les hablaremos de la *filosofía armónica* iniciada por Krause; propagada por Arhens, no en Alemania, como dicen los lunícolas, sino en Austria,—por Thiberghien, no en Alemania, como aseguran los antiterrícolas, sino en Bélgica; importada á España, no por Rios, como repiten los hijos de don Anacleto, sino por Sanz del Rio.

¿Quieren saber quién ha enseñado la filosofía armónica en Alemania? Sirvámosles de lazarillo para que no dén de narices contra el escollo de su pedantesca ignorancia. El propagador de aquella doctrina en Alemania, se llama Leonhar-

di. ¿Cómo no conocían al profesor de Heidelberg nuestros flamantes krausistas?

A fin de que no desbarren tan lamentablemente, les notificaremos tambien: que Laurent, el popularísimo profesor de la universidad de Gante, es tan krausista, que, sin rodeos, hace una guerra encarnizada al catolicismo, y la hace, como liberal, en todas la esferas del pensamiento y de la accion.

Se dirá aun, que nuestros contrarios no necesitan de lazarillo?

Al terminar, nos cabe decir: que, hasta el presente, «La Razon» se ha mostrado ultraanaclética, protonécia y archiignorante.



LIGEROS PERFILES DEL KRAUSISMO,

DEDICADOS A LOS ILUSTRES HIJOS DE DON ANACLETO.

« Las autoridades liberales de gran peso sobre la tierra..
«..., son los filósofos de la escuela iniciada por Krause.
« Pues bien, ándese á *casa* de esos autores......, y vuelva
« despues á llamarnos ignorantes».

Así concluyen su magistral y profundísimo discurso los sábios que ocupan la cátedra seleno-anaclética en el Atenéo de la calle de Sucre.

Convenido, estimables y cultos profesores.

Vamos, no á *casa* de aquellos filósofos: pues, los unos habitan ya en la tumba, y los otros viven mas allá de los mares; vamos, si gustáis, á *caza* de sus doctrinas, si es que éstas vuelan en compañía de los pájaros por la verde campiña de Potopoto. Cacemos estas doctrinas, ya que en ellas está el fuerte de vosotros, ¡oh venerables ginetes de la nariz de Cirano de Bergerac!

Aceptando vuestra iniciativa, nos apresuramos á llamaros ignorantes, y si os parece mejor, superignorantes.

Al grano, pues.

Érase un tiempo en que el mundo, á donde os habeis dignado bajar desde vuestras academias de la luna, se hallaba dado á Barrabás. Todo estaba revuelto, tan revuelto, que de ese revoltijo nacieron estravagancias sublimes, hermosísimos dispa-

rates y asombrosos galimatías. En prueba de ello, os remitimos á vuestro digno padre, el anciano don Anacleto. Todo, pues, se iba á los estremos. Cada cabra tiraba, desalada, á su respectivo monte.

Entónces pudo creerse, que la humanidad, ó mas bien, los sábios que se dicen órganos de la humanidad; pudo creerse que estos sábios habian enloquecido: porque, á concepciones indudablemente grandiosas, mezclaron ensueños de niño y arranques de demente. El lenguaje quedó trasformado tambien, hasta el punto de hacerse inconocible; envuelto en manto de nubes, henchido de problemas y reventando de tecnicismo, se convirtió en aleman y revolucionario.

Engendrados por Descartes, cuya orgullosa sicolojía conduce á los escesos del egoismo, y por Spinosa, cuyo panteismo idealista lleva al anonadamiento del *yo*, surjieron en el candente y vastísimo campo de las controversias científico-religioso-políticas:—la atrevida crítica de Kant, que, al negar el *trascendentalismo*, hace problemática la existencia de Dios; el *individualismo subjetivo* de Fichte, que osa derribar á Dios de su excelso trono, para divinizar al hombre; el *supranaturalismo* de Schelling, engalanado con todas las pompas y armonía de la palabra y transfigurado con los mas brillantes colores de la fantasía; la colosal ontología de Hegel, que todo lo reduce á la inmanencia de la idea, ó, como él dice, al *movimiento dialéctico del ser*; la antihistórica y antisocial teoría de Rousseau; el pesimismo desolador, que llegó á encarnarse en el sombrío y tempestuoso cerebro de Arturo Schopenhauer....

En medio de anarquía tan estupenda en las doctrinas, anarquía productora de conmociones sociales que crispan los nervios de cualquiera que no participe de la organizacion anaclética; en medio de esa confusion de ideas, de ese choque de intereses, de esa encarnizada refriega de pasiones,—apareció el célebre Krause, quien, al inconveniente de ser *filósofo moderno*, unía el inconveniente mayor de ser aleman.

Ecléctico, condensacion de la quinta esencia del eclecticismo, Krause, se propuso llevar á cabo una obra de gigante, mas ciclópea y difícil de hacerse que la grande y heterogénea estátua que Nabucodonosor solo pudo ver en sueños. Quiso fundir en la frágua de su inteligencia todas aquellas doctrinas; formar un conjunto armónico de aquellos estremados y discordantes sistemas. Arquitecto mas atrevido que Adoniram, ó,

como los franceses dirían, *maçon pur sang*, acometió su empresa, y la continuó, y *creyó*, con sus discípulos, haberla dado cima.

Krause, tomando los materiales suministrados por todas las escuelas, ha erigido un *pandemonium* enorme, sorprendente y caprichoso, pero, tan armónico como el laberinto de Creta. En la fachada, ha desplegado una bandera abigarrada, cuyos mil matices, lejos de seducir, aturden.

No nos parece estravagante comparar la cabeza del filósofo aleman con el estómago de Vitelio, que todo lo digería, todo, desde la lengua del fenicóptero hasta el solomo del elefante, desde el vino de Chipre hasta la perla oriental reducida á polvo en sus salsas.

Krause enseña, modificándolo, el movimiento dialèctico de la idea, en cuyo desarrollo «el espíritu es primero ser, despues naturaleza, despues sujeto, despues objeto, y por último absoluto». Aquí está el panteismo en toda su monstruosa grandeza; y aquí tambien el fondo del darwinismo. Ya la humanidad no puede pretender siquiera descender de la noble alcurnia de los monos; es necesario que vea su raiz en el grano de arena y el átomo de arcilla.

Krause enseña el soberbio individualismo de Fichte, haciendo al hombre fuente, orígen, fin de la soberanía, fundamento, causa del derecho, dueño absoluto de su libertad, sin traba ninguna para sus acciones, si estas acciones no dañan á otro hombre; haciendo, en suma, dios al hombre.

Esta combinacion de panteismo é individualismo, de dos sistemas contrarios, es, pues, demasiado armónica, tan armónica, como el concierto del trueno y de la flauta. Empero, todo se remedia con una hábil y cautivadora fraseología; y, hecho esto, los tontos tragan el anzuelo.

Krause enseña la crítica de Kant y la de Lessing, predicando, que no ha habido, no hay, ni jamás habrá una revelacion sobrenatural; que todas las religiones que han aparecido en el mundo «son igualmente verdaderas para la educacion de la humanidad»; que todas ellas, llámense budismo, politeismo ó cristianismo, son simplemente *históricas* y, por tanto, pasarán.

Krause sienta, en fin, como una de las faces de su ideal, la *secularizacion* completa de la sociedad, siendo el órgano único de ella, el Estado.

No olvida á Dios, sin embargo; pero, ese Dios, en la *filosofía armónica*, es tan solo una vana palabra. Sí: el *individuo* de Fichte le es superior; el *absoluto* de Hegel lo confunde con la estrella y la flor, con la nube y el polvo; y la *crítica* de Lessing lo condena á la pasividad y á la somnolencia de la inaccion!

Hé ahí el krausismo.

Se hace mas tangible en su filosofía de la historia, tan anticatólica en su principio y en su ideal, como alucinadora en su esposicion.

La *creacion* es un mito.

Por desenvolvimientos progresivos de lo que siempre existió, el hombre aparece pegado á la tierra, *hijo de la naturaleza*, con la inocencia del bruto y la inmovilidad de la oruga. Esta es la *edad edénica ó paradisiaca*, «edad embrionaria» que termina «por una caida desde la paz á la guerra, desde la inocencia á la culpa.» La madre naturaleza abandona al hombre; y empieza la *edad de oposicion*. "¡Dichoso abandono de la naturaleza,—esclama un elocuente espositor de la filosofía armónica,—bendita culpa del hombre!»

Al presente nos hallamos entre el crepúsculo de la edad de oposicion y el alba de la *edad madura ó armónica*; en el momento en que «sobre las *religiones históricas*, el *pensamiento filosófico levanta la religion natural, la religion de la razon.*»

Desde el Renacimiento «brotan los dos partidos que van á dividirse la sociedad moderna»—Selenitas! oid la voz del krausismo!—¿Cuáles son?—El partido conservador ó reaccionario que está representado por el jesuitismo, y el partido liberal ó progresista *que está representado* por el masonismo». (1).

El ideal, repetimos: es la *desaparicion de la Iglesia*. Sí: porque «la *filosofía niega toda religion revelada*,» segun la franca declaracion de Castelar.

Un sistema que se quede en la region de las teorías es ilusorio. El liberalismo krausista debe, pues, dar sus frutos, y marchar por la rápida pendiente que arrastra á todo el mundo liberal.

---

(1) Castelar, *La Filosofia armónica*.

¿Qué frutos serán estos?—

«Aparecerán á nuestros ojos los campeones de lo que hace tiempo se llamó *la Jóven Alemania*; *los revolucionarios del* 48; LOS ENEMIGOS JURADOS DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS; *los propagadores de las ideas sociales; los apóstoles primeros de la Internacional*....Entónces veremos al doctor Straus, *proponerse despojar á Cristo de la corona de su divinidad*....» (1).

Basta. Las rápidas pinceladas que acabamos de dar, son mas que suficientes, para que se conozcan el fondo y las tendencias de las doctrinas de Krause.

Con que ¿és posible, que cualquiera que siga tal escuela, tenga la audacia de llamarse católico?—¿Es posible creer que los hijos de don Anacleto, tengan la mas lijera nocion del krausismo?.

Hé ahí, pues, á dicho krausismo, claramente espuesto en sus enseñanzas, elocuentemente probado en sus consecuencias prácticas.

Despues de haber aceptado el pedantesco é insolente desafío que nos dirijieron los selenitas, llenado nuestro propósito, tócanos ahora depararles el título y la medalla que solicitaron y á los que se han hecho acreedores.

¡Hijos de don Anacleto! sois unos ignorantes, y os enviamos la medalla de vuestra derrota!

Lo habeis querido!



¡ADELANTE!

Volvemos á nuestro puesto de combate.

No es el vano afan de luchar el que nos impulsa. Nó. Hay un móvil mas noble para nuestra conciencia:—el cumplimiento de un deber sagrado. Hay una tendencia legítima que enciende la llama del entusiasmo en nuestro ser y que

---

(1). Castelar, *Historia del movimiento republicano en Europa*, tomo 2.°

redobla nuestras escasas fuerzas:-el triunfo de la verdad. Hay una causa santa á cuyo sostenimiento llevamos, sino un contingente mas positivo, siquiera «las ansias insaciables del deseo»:—la causa de los principios; de esos principios que, lejos de menguar, se robustecen con el tiempo; de esos principios ante los que el furibundo embate de las revoluciones se disipa, cual leve soplo de aura ante el roble secular de las montañas; de esos principios cuya profesion y defensa anuncian en el hombre la espansion del hálito divino que lo hace superior á las debilidades y miserias de la tierra y que le dá las alas del progreso para que indefinidamente suba hacia las alturas del ideal é indefinidamente conquiste las grandiosas realidades del perfeccionamiento.

«La vida es una batalla cuya palma está en los cielos.» ha dicho un inspirado vate de nuestro siglo. No lo olvidemos. Sí: este bellísimo y conceptuoso arranque de Casimiro Delavígne, es la espresion fiel, el resúmen cabal de la iliada del progreso. El poeta canta lo que el Hombre-Dios enseñára con su predicacion y con su ejemplo—«Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos».—Grito sublime salido de un pecho abrumado de congojas; última palabra de la sabiduría, sellada con la sangre de un indecible martirio; última puerta que se abre al raudo y soberano vuelo de los perfectibles hijos del Ser perfecto. Pero tambien, toque de rebato contra la furia de las pasiones: enseña desplegada contra el error, la mentira y la licencia; apellido de guerra sin tregua al *mal gènio* de todos los tiempos, mal génio que hoy arrastra en pos de sí una abigarrada muchedumbre y tiene por santo y seña una palabra falseada en su significacion é infamada por las monstruosas aplicaciones que recibe: *liberalismo.*

Grande es, pues, la causa que defendemos.

Luchemos por ella, despreciando la vocería en que prorumpen esos adversarios que no tienen la fuerza ni la dignidad necesarias para llegar á la altura de una polémica concienzuda y razonada. Luchemos, sobreponiéndonos á la tempestad suscitada por la soez calumnia y por la colérica impotencia. Luchemos, oponiendo al ruin insulto la altivez del desdén, y á la piedra del escándalo la luminosa saeta de la idea, y á la ceguedad de la pasion los vívidos destellos del pensamiento, y á la presuntuosa é insustancial charlatanería

la conviccion profunda y sincera, y á la atrevida ignorancia la sólida é irresistible doctrina.

Sostengamos la POLÍTICA CRISTIANA contra los desordenados é impetuosos ataques del *liberalismo*

Llenamos una mision difícil y dolorosa. Antes de cojer las flores y los frutos, tenemos que cruzar un campo sembrado de punzadoras espinas.

¿Bastará esto á desanimarnos?—Jamás!

Que la rastrera mordacidad nos salga al paso; que prepare las infames armas de que se sirve en su rabioso despecho. No nos importa. Alta y serena la frente, marcharemos adelante en nuestra empresa.

En los momentos supremos de la redencion del hombre, á la celestial enseñanza del Cristo, se opusieron la gritería, la difamacion, el ultraje. A su palabra de luz y de vida, respondió un infame con una ruda y brutal bofetada. ¿Qué replicó el Salvador á ese argumento dictado por el espíritu de *libertad en la controversia y la accion?*—«Si he dicho mal, dá testimonio del mal; y si bien ¿por qué me hieres?»—¡Refutacion sublime, grandioso ejemplo que el Dios humanado ha legado á sus hijos! ¡Escena conmovedora que, con mas ó menos variantes, se reproduce en la titánica batalla de la vida!

¡Ay de los que imitan al estúpido y servíl lacayo de Caifás! ¡Con su cobarde y ruin conducta, se hacen acreedores á un soberano desprecio y á una vergüenza perdurable!.

No porque la calumnia y el denuesto preparen sus tiros en una *libre discusion de doctrinas*, padecerá nuestra honra. Nó. Bien sentado se halla nuestro nombre!

El chirrido de la cigarra no ahogará jamás el triunfal canto de la alondra! Por mas que el vampiro se esfuerce, nunca llegará á las encumbradas regiones que cruza el águila!

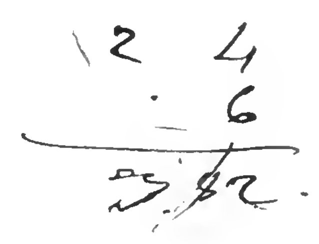
Quien muerde, se hace víbora; y el mordido tiene derecho de hollar con altiva planta la cabeza del reptíl.

Adelante! No hay viajero que se detenga por temor á los mastines que pudieran salirle al paso.

Adelante! A la idea se ha contestado con el insulto. Podemos, pues, cantar victoria.

Adelante!





LA POLÍTICA LIBERAL.

Con este epígrafe ha empezado á publicarse en «La Razon» un curso de *liberalismo boliviano.*

La pluma que, para tal trabajo, han mendigado nuestros adversarios es superior á las de ganso de que habitualmente se sirven.

Celebramos, pues, la aparicion del nuevo contendor. No importa que llegue demasiado tarde para remediar los desastres de sus coredactores. Basta que cubra dignamente una derrota no muy honrosa.

Sèrio, pero siempre acre y bilioso como todo liberal, expone sus doctrinas con el rudo tono de un maestrescuela. Empero, aunque el aplomo con que escribe raye en presuncion, no charla: manifiesta sus convicciones.

Verdaderamente ilustrado, conoce la materia; pero la conoce á su modo; su criterio, lejos de ser independiente, se halla falseado, subyugado por los prejuicios liberales. Es por ello, que su argumentacion es tan débil, que no se requiere grande esfuerzo para deshacerla.

El nuevo paladin del liberalismo tiene un mérito, mérito que,al enaltecer su carácter, muestra la duplicidad y la falsía de sus coreligionarios. Tiene el mérito de la franqueza. Incapáz de mentir, ha arrancado á los suyos la careta con que se cubrían.

Bien, señor Quijarro. La hipocresía es el crímen mas imperdonable. Lo sabeis; y por eso, sin vacilaciones ni reticencias, sentais la doctrina liberal, tal como es en sí; la sentais lisa y llanamente, mostrando su fondo esencialmente opuesto al fondo de la doctrina católica. Órgano autorizado de vuestro partido, poneis en evidencia, que el liberalismo no puede cambiar de naturaleza con el cambio de clima, como absurda y néciamente sostenian los que hoy se cobijan á vuestra sombra. Dais á conocer, que el *liberalismo boliviano*, simple rama nacida del tronco del sistema hoy en boga, es tan contrario á la Iglesia en su principio, tan antipapista en su propaganda,tan antitético del catolicismo en su fin como cualquiera de las derivaciones de lo que llamamos *espíritu moderno*. Obrar como lo haceis, es dar una prueba de honradez.

El ilustrado colaborador de «La Razon» ha emitido francamente la idea á que rinde culto. Esperamos que no tardará en formularla con precision;que no tardará en decir el nombre propio del sistema que combate. Tal cosa, lejos de repugnarnos, hará que respetemos una opinion proclamada sin rebozo ninguno.

La política liberal, tal como la está esponiendo el señor Quijarro, es anticatólica. Ha caido, pues, el mentido velo con que se ocultaban sus copartidarios.

Es satisfactorio luchar con un adversario que se afronta con ánimo firme y conviccion sincera. Los otros,además de su debilidad, tenían la desatinada pretension de mostrarse agrupados bajo la bandera del Papado. A la traidora hipocresía de los suyos, el señor Quijarro sustituye su lealtad propia, lealtad que acatamos, por rudo y jactancioso que sea su lenguaje.

El liberalismo es incompatible con la política cristiana. Vanos son los esfuerzos que se emplean para poner de acuerdo estos dos sistemas que implacablemente se rechazan. Sepáralos el abismo insondable de la *oposicion*. Las engañosas ilusiones de una conciliacion entre ambas escuelas, carecen del mas lijero fundamento. El ímprobo trabajo de la fraseología queda aniquilado por la realidad de las cosas.

No nos toca aun esplicar, sino dejar sentado el *hecho*. Lo *positivo* de él, decide sin apelacion el debate. El *sentido práctico* de nuestro contendor, hará que nos hallemos acordes en este punto capital:--es imposible el monstruoso adulterio de la falsa libertad del *liberalismo* con la doctrina romana. La Iglesia ha condenado, condena y condenará la propaganda liberal; y la escuela liberal estigmatiza y maldice y maldecirá á la Iglesia.

Pasando ahora á lo que de concreto encierra la parte ya publicada del trabajo que nos honramos de refutar, apelaremos al testimonio de autoridades que, además de concordar con las citadas por el señor Quijarro, merecen una consideracion indisputablemente mayor que estas.

No importa que, tanto á él como á nosotros, se nos critique por la aficion á las *citas*. Algo mas que los redactores de «La Razon», que nos censuraban por ello; algo mas que estos, sabemos, que una cita robustece la opinion que emitimos y,con harta frecuencia, pone término á una discusion.

«¿Cuál es esta libertad con la que el papa no quiere re«conciliarse?»—se pregunta un escritor liberal de indisputable mérito y de autorizadísima palabra; y responde:—«Es, *ante «todo, la libertad religiosa, la libertad de las opiniones,* en una «palabra, *el libre pensamiento.* En todas nuestras constitucio«nes se lée que los cultos son libres é iguales ante la ley; lée«se en todas, que son libres las opiniones; *lo que significa, que «no hay creencia ninguna, que no hay dogma que cualquiera no «tenga el derecho de atacar y de defender.* HÉ AQUÍ NUESTRA «LIBERTAD. EN ROMA SE LA CONDENA COMO UN DELIRIO. *Cier«to es que hay una locura en litigio. Falta saber cuál está lo«ca. ¿Es la Iglesia ó la sociedad?*.........¿ES LA SOCIEDAD MO«DERNA, Ó EL CATOLICISMO»? ....

«La sociedad moderna es *esencialmente laica..........Esta «secularizacion es una apostasía para los papas».* [1].

La conciliacion entre la *política cristiana* y la *política liberal* es, por consiguiente, imposible.

Que ninguna apariencia nos engañe. Hay dos entidades que luchan á muerte; hay dos génios que se anatematizan con el acento y la violencia de las deshechas tempestades. El Vaticano vibra sus rayos sobre el liberalismo; y este amontona montaña sobre montaña para asaltar y demoler el Vaticano. Es un combate mas terrible y gigantesco que el de los Titanes de la tierra con los dioses del Olimpo. La realidad de hoy vá mas allá que la leyenda del mundo antiguo.

Por lo demás, no es muy de estrañar que en nuestra desgraciada y querida pátria existan algunos espiritus inocentes que, de buena fé, incurran en la absurda candidez de llamarse *católicos* y seguir la *política liberal.* Claras y robustísimas inteligencias se dejaron fascinar por el ensueño de una conciliacion de la Iglesia con la pretendida libertad moderna. Esta ilusion momentánea, se ha, felizmente, disipado por completo. Nadie la tiene ya, á escepcion de algunos candorosos hijos de esta tierra inocente.

Desde Ballanche y Lamartine hasta el conde de Montalembert, se deliró con aquella reconciliacion.

Uno de estos anfibios de génio se propuso ganar á su causa á ese sublime y salvaje batallador del liberalimo, á ese que,

---

(1). Laurent, *La religion de l' avenir.*

con el nombre de Julio Michelet, arroja contra la Iglesia desde el cieno del arroyo hasta el fulgurante rayo que se funde en la frágua de las nubes. Díjole, que entre los dos sistemas que se dividen el mundo moderno, no había mas que una «simple gradacion de matices» (*nuances*), y que era hacedero el conciliarlos.

¿Qué respondió Michelet?

Esto:—

«Monseñor ¿os habeis hallado alguna vez sobre el *Mar* «*de hielo*?—Sí.—Habeis visto allí mas de una grieta sobre la «que, de una á otra orilla, se puede hablar, conversar fami- «liarmente?—Sí—Pero, no habeis advertido que esta hendi- «dura es un abismo..........Y tal abismo, Monseñor, tan pro- «fundo abismo, que, á través del hielo y de la tierra, descien- «de sin que jamás se haya encontrado su fondo. Esta hen- «didura vá hasta el centro del globo, sigue atravesando el «globo, y se pierde en el infinito». (1).

¿Puede darse mas profundidad en el pensar, mas nervio y magnificencia en el decir?

Dialèctico robusto, filósofo sensato, inspirado poeta, Michelet, en esta ocasion, hace relampaguear su formidable pluma, iluminando con conceptos hijos de la verdad el fondo de las cosas.

Y mientras el atleta de la libertad moderna protesta así contra los que buscan una alianza de suyo impracticable, un atleta del catolicismo se levanta tambien á condenar á los mismos soñadores. «La doctrina meztiza del liberalismo, dice «Monseñor de Segur, hija de un falso espíritu y de una falsa «caridad, se parece al híbrido mulo por su infecundidad: el que «tiene (llamándose católico) la desdicha de estar contagiado de «liberalismo esteriliza cuanto toca.»

El mas grande Pontífice de nuestro siglo, Pio IX, cuyo advenimiento fué saludado por las frenéticas aclamaciones del liberalismo, no dejó de luchar un instante contra este sistema, no dejó de estigmatizarlo, dándole el nombre de *delirio*, de *peste perniciosísima*.

Hé ahí porque, en la actualidad, la secta de los *catòlico-liberales* no existe ya sino en estado fósil.

---

(1). Michelet, *Histoire de France*, tomo 1.º

Hermanar dos entidades fundamentalmente antagónicas; soñar con la horrible y criminal cópula de dos principios contrarios en su esencia; querer «confundir el agua y el aceite» como dice Straus; esto es no tener conciencia de lo que se desea.

¿Que importan los falsos mirajes que, á la azorada vista de los incautos, hacen surjir los hacedores de frases, los gimnastas de la palabra, los abogados de imposibles? ¿Qué importa que estos muestren al catolicismo y la política liberal aproximándose y pareciendo darse la mano? Nada. Entre ambos se encuentra esa angosta grieta de la oposicion, esa grieta que es un abismo sin fondo.

No es, pues, una simple *palabra*, como dice el señor Quijarro, no es una palabra vana lo que nos alarma y nos hace acudir á la lucha; así como no es una palabra lo que él defiende. Pues, á ser cierta tal afirmacion, no seríamos nosotros, sino nuestro ilustrado contrincante quién apareciera en una posicion demasiado falsa En efecto, ninguu político sesudo, como lo es el señor Quijarro, podría aventurarse en una palestra donde hay choque de meras palabras.

Empero, dicha palabra es el nombre de un sistema completo, sistema anticatólico, como lo está mostrando nuestro mismo adversario.

Así pues, rechazamos el culto dictado de *inconscientes* con que este nos favorece. Le negamos el derecho de hacerlo: porque, para nuestro humilde modo de pensar, inconsciente es el que no se hace cargo de las razones del contrario, inconsciente es el que solo vé palabras donde hay ideas en pugna, donde hay doctrinas en debate.



¡MIENTEN LOS SELENITAS!

¡Mienten esos que, por su lenguaje, parecen mujeres de vida airada!.—

Nunca hemos dicho que los liberales son siempre masones. Hemos afirmado, y no dejaremos de sostener: que el *liberalismo es anticatólico*, y que muchos, muchísimos incautos,

siguen esta bandera, sin comprender que es opuesta á sus creencias. Y hemos afirmado tambien: que el liberalismo tiene su fórmula y su representacion en la masonería: porque esté es un hecho innegable, palpado por todo el mundo y pregonado por los liberales, desde Krause hasta Castelar, desde Voltaire hasta Mazzini, desde Straus y Laurent hasta Quinet y Weber.

Tal asercion es, pues, muy diferente de la que nos atribuyen los impostores de la luna.

No todas las fieras son tigres de Bengala, no todos los reptiles son culebras de cascabel; así como no todos los liberales, ni aun los liberales rematados, son precisamente masones. Pero, ruedan hácia el antro de la lógia, como la avalancha al abismo.

Entiéndannos de una vez aquellos testarudos:—No hay mason que no sea liberal; hay un gran número de liberales que no son masones.

¡Mienten los bienaventurados de Selena!—

Nunca se nos ocurrió el salvaje arranque de que se debía matar á los masones.....Cómo! La vida del mason es, para nosotros, tan sagrada como la del católico. Ambos son hijos de Dios. Solo existe la diferencia de que el primero, estraviado, obra, en cierto modo, como los actores de la embrionaria comedia de Tespis, que se desfiguraban embadurnándose la cara con heces de vino.

El que mate á un mason, será tan asesino cómo el que victime á un católico. Sí, artesanos; y aquí nos dirijimos especialmente á vosotros: artesanos! «Dios no quiere la muerte del pecador; quiere que se convierta y viva!» Detestad el masonismo; rechazad el liberalismo; pero, compadeced, amad á los masones y liberales! Guerra á toda doctrina perniciosa! ¡Caridad con el desventurado que la profese! El que os enseñe lo contrario ¡sabedlo! no puede ser sino un ciego y furioso fanático que quiere empujaros por la vertiginosa y horrible pendiente del crímen!

¡Mienten los hidrofóbicos canes de la luna!—

Nunca pasamos por la infamante humillacion de vendernos. Honrados y altivos siempre, nuestro norte ha sido, es, y jamás dejará de ser, el cumplimiento desinteresado del deber, la purísima satisfaccion de la conciencia.

¿A quién nos vendimos? ¿Cuando? ¿Quién puede decir que nos compró?

¡Miserables! Vosotros que no sabeis lo que es el culto puro rendido á una idea, esplicais bajamente nobles actos que sobrepasan la línea rutinaria que seguís en vuestra existencia vejetativa!

Vaciados en un molde mas ámplio que el estrecho molde de arcilla que os condenó á la raquitis del carácter, al egoismo del sentimiento y á la negacion de la idea, á Dios gracias, podemos contemplar horizontes mas vastos que vosotros y acariciar ideales que no se dibujan en la oscuridad de vuestra mente!

Enemigos del *personalismo*, jamás, en nuestra vida todavía corta, pasamos por la vileza de incensar á ningun *sol naciente*, aun cuando este sol se llamára Camacho. Todos los poderosos nos han visto dignos sin afectacion, erguidos sin farsa. Mas de uno se encuentra entre nosotros. ¿Quién será capaz de desmentirnos?

Enemigos del estrecho personalismo, somos *principistas*. No adoramos ídolos: profesamos doctrinas. Y, por una doctrina, abandonamos á un caudillo. Pero, lo hicimos con nobleza y altura: Y LA PRENSA LIBERAL NOS APLAUDIÓ!.

¿Nos contradijimos en la propaganda de nuestra doctrina? ¡Decidlo, difamadores, decidlo: porque en esto consiste la apostasía!

Los hombres pasan: los principios son perdurables. Respetemos, sin bajeza, á los hombres; y, cuando sea necesario, pospongámoslos á la grandeza y perennidad de los principios.

Así lo hicimos una vez, obedeciendo á los dictados de nuestra conciencia; y así lo haremos ciento, si cien veces nuestra conciencia nos lo manda!

¡La pátria y la doctrina, antes que la influencia personal y la estrecha consigna de partido!

Recordamos siempre, que nos aclamasteis freneticamente con motivo del paso que ahora reprobais con tanta ruindad.

Mas, como nuestras convicciones han sido y serán contrarias al liberalismo, desengañados y rabiosos, condenais lo que ensalzásteis, «quemais lo que adorasteis!» ¡Miserables!

¡Mienten, en fin, los hijos de don Anacleto!—

Viendo lo invulnerable de nuestra honra, se convierten en incòmodos mosquitos, figurándose herirnos en nuestro amor

propio. Pero ¡cuánto se equivocan los infelices! Hacen correr voces, é insinuan vagamente en letras de molde la anacletada de que no somos autor de nuestras obras. ¿Háse visto una invencion mas tonta? Pero ¡què tontería tan honrosa para nosotros! Por ella, acabamos de convencernos de que es real el miedo que les infundimos á los selenitas y de que es decisiva nuestra victoria.

Como varios de ellos peinan canas, no quieren creer que un jóven haga lo que ellos no pueden por mas que aren.

¿Desean salir de su *duda metódica?* Hé aquí un medio sencillo. Señores rutineros: abridnos vuestro gabinete de redaccion; franqueadnos las columnas de vuestro periódico de viernes: y nos comprometemos á darle sustancia. Ved que la cosa es fácil y puede hacerse sin dilacion.

A pesar nuestro hemos tocado, por primera y última vez, un terreno que, sin ser prohibido, no nos agrada: porque nuestra personalidad es insignificante ante la magnitud de la causa que sostenemos.

Las imprudencias de los selenitas son la causa de ello.

Asegúrase que estos han tenido por preceptor á uno de los tocayos degenerados de *Burrho,* prefecto del pretorio en tiempo de Neron.

(Por el género de ataques que nos hemos visto obligados á rechazar en el artículo que antecede, se comprenderá la conducta nada digna de nuestros contradictores. Fuera de una colaboracion séria, en la que se proclaman con franqueza la libertad de las opiniones, la de conciencia y la de cultos; fuera de esta colaboracion que, con el título de «La política liberal», se rejistra en el número 312 de «La Razon»,—aquellos periodistas se valieron de las armas mas viles. Sin hacer uso de razonamiento ninguno, apelaron á la calumnia mas infame, á la mas cínica indecencia, á la injuria mas grosera y á la necedad mas compasible. Hicieron de la reputacion ajena un cómodo blanco para los tiros de su maledicencia salvaje. Y, desde las mas graves ofensas al honor, bajaron hasta las fruslerías mas insignificantes. Ahí están, para vergüenza de ellos, los números de «La Razon», desde el 310 hasta el 313, inclusive.

Despues de tanta torpeza y estravagancia, un colaborador que firma **, vuelve, á tontas y ciegas, sobre lo que habíamos pulverizado (número 314 de «La Razon»). A él se refiere el artículo que vá a continuacion).

AL CÁNDIDO NIÑO DE LAS ESTRELLAS.

Acaba de visitarnos el N.º 314 de «La Razon».

Menos mordáz que de costumbre, la hoja liberal, parece que entra ya en el camino de la moderacion. Magnífico! Lo celebramos.

A los gladiadores tendidos en la arena, viene á reemplazar un muchacho entusiasta, lijero y decidor. En lugar de Milon de Crotona, irremediablemente vencido, acude un infante que, abandonando su cesta de fruta en las Caneforias, quiere saber lo que son los combates atléticos.....¡Pobre angelito! Démosle gusto sin lastimarlo.

Garlador y travieso, mariposéa por todos los puntos de la cuestion, con una volubilidad de coqueta y un atolondramiento verdaderamente infantil.

Así pues, no llamaría nuestra atencion, sino fuera por su atrevimiento.

Le contestaremos, por no dejarlo desairado.

Desde luego, el superficial colaborador, se pone á hablar sobre cosas pasadas ya y debatidas hasta el fastidio. No ha leido, seguramente, nada de lo ya escrito: porque vuelve sobre lo que fué refutado, sobre lo que lleva el fallo concienzudo é inapelable de la opinion pública. Se levanta á hora nona, é ignora lo que aconteció desde la mañana. «Quién se levanta tarde, no sabe nada, ni compra carne».

Por tanto, y á fin de no entrar en repeticiones inútiles y cansadas, aconsejamos al pueril atleta, que se imponga de cuanto se ha debatido y que despues venga á lidiar, no con aserciones sueltas, sino con argumentos fundados.

Sepa el niño, que entre gente medianamente instruida, no basta *decir*, sino que es indispensable *demostrar*. Quién afirma y no prueba, es un charlatan cuyas palabras se pierden en el vacío.

Soñoliento todavía y restregándose los ojos, pregunta con cándida sorpresa: «El liberalismo es opuesto al catolicismo?».

A esta inocente interrogacion formulada con boquita de leche, responderemos una véz mas, que sí. Hay pastorales, breves, encíclicas, &, por los que la Iglesia católica condena al liberalismo; hay un mundo de libros, folletos y periódicos católicos contra la doctrina liberal. Y hay tambien millares

de libros, folletos y periódicos liberales que combaten las enseñanzas de la Iglesia y escarnecen y maldicen al catolicismo.

«Los principios del liberalismo son los de toda religion fundada en la moral», dice nuestro *petit garçon*.

Oiga muchacho. U. formula, sin saberlo, una barbaridad anticatólica y otra barbaridad contra el sentido comun. La primera consiste, en que espresa U. aquel dogma liberal de que *todas las religiones son verdaderas*, dogma que está anatematizado por la Iglesia. Consiste la segunda, en que toma U. las cosas al revéz. ¿Qué bienaventurado le enseñó, que toda religion está fundada en la moral? Bárbaro! es imposible que el cimiento descanse sobre el techo. Toda moral es el fruto necesario de una religion.

Por el liberalismo, afirma U., «hay libertad de pensamiento, de conciencia....». Pues: por el catolicismo, no debe haber tales seudo-libertades. ¡Y así, falta U. á la verdad, al aseverar que ambos sistemas están de acuerdo.

En el punto relativo á la soberanía popular, muestra U., que está completamente lego en la materia. Se llama liberal, y no sabe la doctrina universal, permanente de su escuela! Escúchenos.—El liberalismo dice rotúndamente: «el pueblo es soberano». Y el catolicismo predica: «toda potestad viene de Dios». Pese, analice ambas enseñanzas, y atrévase despues á repetir que concuerdan entre sí.

Volvemos á afirmar, que está U. lego, leguísimo, al hablar de las relaciones entre los poderes espiritual y temporal. Hé aquí las divisas de los dos sistemas que luchan sin trégua. Divisa liberal:—«La Iglesia en el Estado». Divisa católica:—«El Estado en la Iglesia».

¿No hay oposicion entre catolicismo y liberalismo? ¡Pobre angelito!

Basta esto por ahora.

Pruebe U. sus afirmaciones, á fin de librarse del calificativo de impostor que nada sabe de lo que dice.

Le aconsejamos que, para no quedar en ridículo, aprenda U. algo de la doctrina liberal, y algo tambien de la católica: porque está visto que ignora U. ambas doctrinas.

Con que, mas seriedad para el número próximo; mas seriedád y fondo, inocente mariposa.



RECTIFICACION DE UNA IMPOSTURA LIBERAL.

Hay un error que carece de todo fundamento; un absurdo inventado por los marrajos de talento y recibido, sin exámen, por los cándidos y papanatas.

Apresurémonos á disipar esa sombra en que la docta malicia trata de envolver á una multitud de espíritus simples y crédulos.

Dícese, con mas ó menos variantes:—«El catolicismo favorece á los reyes; el liberalismo exalta á los pueblos. Aquel erije tronos; y este dá el ser á los gobiernos democráticos».

No hay falsedad mas monstruosa que este axioma de moda. Las doctrinas lo contradicen; los hechos lo desmienten.

Catolicismo y liberalismo son dos lemas que resúmen los sentimientos, ideas y aspiraciones de los dos grandes partidos en que se divide la humanidad contemporánea; son dos gritos de guerra á cuya señal se empeña una lucha de titanes en *todas las esferas de la actividad humana*; son dos estandartes que flotan frente á frente en todos los campos de batalla, *desde el sombrío recinto de la autocrácia hasta el claro horizonte de la república.*

¿Sabeis cuando nació la república?—Cuando la humanidad, aplastada por la losa de la servidumbre.—losa que servía de pedestal á su dueño y señor,—cuando la humanidad, esclava y envilecida, sintió temblar su calabozo y rechinar sus cadenas á una voz partida de los cielos, á esa voz redentora que le decía:—¡Oh triste y abatida sierva: levántate y camina! Tu opróbio ha terminado! No tendrás ya amos sobre la tierra: porque tu Padre es Dios!

Sí: entónces nació la república. Entónces fué cuando el magnate y el esclavo cayeron de rodillas y, con la noble mirada fija en las alturas, murmuraron, desde el palacio á la ergástula:—¡Padre nuestro....!—Entonces supo el hombre, que, en esencia, es igual y hermano del embrutecido hotentote y del sábio de luminosa mente, del mas humilde labriego y de la mas soberbia testa coronada.—Entónces supo, que ningun hombre tiene derecho de imponer su yugo á los demás.—Entòces supo,

que no debe inclinarse sino ante la *autoridad*, por ser esta autoridad emanacion de Dios.

¿Sabeis cuando se robusteció el *cesarismo?*—Cuando, desde el fondo de las orgías del siglo XVIII, *los padres de la libertad moderna*, dijeron á la multitud ciega y turbulenta:—«Eres soberana. Tu libre voluntad es la fuente del poder público».

Entonces fué cuando el pueblo, delirante y sumido en sangrienta bacanal, delegó lo que no tenía. Surjió el Estado omnipotente, superior á la Iglesia, creador de nuevas religiones; surjió el *Dios-Estado*, salvaje y despótica quimera, quimera monstruosa que, á nombre de la libertad, llenó las prisiones y levantó la guillotina permanente. Volvió, mas repugnante y sistemático, el cesarismo, para dictar la *ley atea*, y dictarla libremente, á pesar del *libre pueblo* que le diera el ser.

En el ámbito dilatado de las edades resuenan dos potentísimos acentos, pareciendo entablar un diálogo, diálogo sublime, en el que, á las magníficas é inefables armonías del bien, responden las tremendas y ensordecedoras furias del mal. Son dos mundos que se chocan con estruendo formidable. Son dos tempestades que combaten, vibrando la una el rayo que ilumina, vibrando la otra el rayo que calcina. Mas que eso, es la grandiosa voz del Empíreo, á la que sucede un eco horripilante del Averno.

¡Muero por la redencion! esclama el Cristo; y la humanidad sale de su secular mazmorra, ungida y regenerada con la sangre del Divino Mártir, que deja el depósito de la verdad en el arca santa de la *Iglesia católica.*

¡Mato por la libertad! aulla Robespierre; y una nacion heroica y generosa cáe de rodillas ante el miserable tirano que le hunde en el seno el puñal del asesino; y la humanidad horrorizada prorumpe en una maldicion tremenda y perdurable.

¡Todos sois hermanos! Amáos los unos á los otros!—predica el catolicismo.

¡«Ahorquemos al último rey con las tripas del último clérigo!»—grita el liberalismo.

Vuestro Padre está en los cielos. Haced el bien, purificaos, perfeccionaos para llegar hasta Él,—dice el primero.

«La razon es vuestro dios. ¡Jóvenes, bañaos en sangre de esclavos! ¡Doncellas, abandonaos á los brazos de vuestros amantes!»—responde el segundo.

¡Padre mio: perdónalos: que no saben lo que hacen!

A tanta magnanimidad, replica el liberalismo entonando la brutal y sanguinaria cancion del *ça ira!*

Y diez y ocho millones de mártires riegan con su pura sangre el madero de la Cruz redentora!

Y ocho millones cuatrocientas setenta y seis mil personas (1) son bárbaramente inmoladas por los ogros de la Revolucion al pié del árbol maldito de la libertad moderna!

Hé ahí al catolicismo y al liberalismo. Ninguno de ellos se encarna en una forma determinada de gobierno. Ambos despliegan sus fuerzas; ambos pueden llenar sus fines, tanto en el seno de las monarquías, como en el de las democracias.

Sistemas contrarios é inconciliables en el fondo, se dividen todo el campo de la civilizacion.

En el purísimo y espléndido cielo del catolicismo brillan todos los soles y todas las constelaciones, desde la solitaria y fulgorosa Sirio hasta la estupenda y vivida agrupacion estelar de la Via láctea: desde la monarquía pura hasta la república mas avanzada.

En el negro abismo liberal tienen cabida todas las tinieblas, desde la mas leve sombra hasta la mas hórrida lobreguéz: desde el mas brutal absolutismo hasta la demagogia mas desenfrenada.

Aquí abajo, el liberalísimo Voltaire dobla la rodilla, ora ante una infame prostituta—la liberal Pompadour, ora ante un formidable tirano—el liberal Federico. Y una turba de furiosos liberales degüella á un rey indefenso; y esta misma turba, convertida en trailla de mansos lebreles, lame las plantas de un heroico y voluntarioso déspota.

Allí arriba, el animoso Arzobispo de Milan humilla al dueño del mundo. El bravo católico de los Alpes, el simpático é inmortal Guillermo Tell, sacude el yugo de su patria republicana.

Hecha abstraccion de toda forma de gobierno, la oposicion de los dos principios está en su fondo.

---

(1) *El Conservador.*

¿Acaso podemos ignorarlo ¿No oimos, acaso, la voz de los dos génios?

¡Amáos los unos á los otros!—*Ça ira!* (1).

(El número 316 de «La Razon» es un bodrio repugnante, mezcla informe y grosera de lo vacío y lo mordáz, de lo burdo y lo insolente, de lo mentiroso y lo cínico. Habla de tronos y revoluciones, de reyes y de tartufos, de creencias y cohecho, de caudillos y socialistas, de la Cruz y los melgarejistas. Nos dice que hubo una guerra de *veinticinco años* que nos hizo independientes. Asegura que el cristianismo nació tan horrible como la Convencion del 93. Incurre en muchos otros pecados mortales de historia y se hace acreedor á otros muchos premios de necedad. En fin, charlando sobre todo, y no diciendo nada pertinente al asunto, cáe en el estremo del ridículo).



CALUMNIAS, CONFESIONES Y DESBARROS DE "LA RAZON".

La hoja liberal menudea sus tiros; pero, al mismo tiempo, desciende mas en la escala del ridículo y mas se embarra en el barro de la vergüenza.

Acabamos de leer su número 316, al que contestamos.

Llamámosla, desde luego, al pudor y á la dignidad.

---

(1). Hé aquì una de las estrofas del famoso canto liberal:

Esto sí que marchará!
A la linterna los nobles!
Marchará, sí, marchará!
Nobles, se os ahorcará!
La libertad triunfará,
Y á pesar de los tiranos,
Todo, todo bien saldrá.
Esto sí que marchará!

(¡Ah! ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates á la lanterne;
Ah! ça ira, ça ira, ça ira!
Les aristocrates on les pendrà.
La liberté triomphera,
Malgré les tyrans tout réussira,
Ah! ça ira, ça ira, ça ira!)

Conténganse los ignorantes y obcecados voceros que la escriben. Respeten, sinó á sus adversarios, siquiera al público á quien se dirijen; respétense á sí mismos y no enloden el estandarte de su propio partido!

No estamos en un desierto. Nuestras opiniones se hallan en tela de juicio. Los argumentos y pruebas que emitimos han de ser apreciados por un tribunal, el respetabilísimo tribunal de la opinion pública. Guardemos, pues, á esta opinion las consideraciones que le son debidas: mostrémonos sérios, sensatos y leales.

«La Razon», *iniciadora de la controversia actual*, vencida *en franca y buena lid*, ha dejado el palenque de las ideas,—palenque abierto por ella,—para bajar á un terreno nada decoroso y ocuparse de cosas que ninguna conexion tienen con la faz dada al debate.

¿Han refutado nuestros contrarios los argumentos con que hemos demostrado hasta la evidencia, que el liberalismo es esencialmente anticatólico? No. Salvo que dén por refutacion los dicterios y palabrotas en que son inagotables. En tal caso, la discusion ha recibido ya el fallo, fallo que, indudablemente, condena á la parte que no tiene mas que el atrevimiento de la ignorancia, el desatino de la pedantería y la vileza de la mordacidad.

Quién rehuye la cuestion que provocó, ó dá á conocer su cómpleta carencia de razones, ó su obcecacion estúpida. Y si, vencido y convencido, sigue declamando, es un pobre hombre dominado por la borrachéz de la pasion y estraviado por el delirio de partido ó de secta.

¿A qué viene el giro enteramente *personal* que «La Razon» está dando al debate? ¿Este fué el punto de la controversia? ¿Le es permitido tocarlo, sin haber desflorado siquiera el primero?

El liberalismo es anticatólico, decimos, y probamos la proposicion.—No! grita «La Razon».—¿Por qué?—Porque están reapareciendo los antiguos melgarejistas, corralistas y dacistas. —*¡Rissum teneatis amici!*

La doctrina liberal es inconciliable con la doctrina romana, repetimos, y lo ponemos en claro.—No! vuelve á esclamar «La Razon».—¿Por qué?—Porque renacería la guerra civil. —*¡Rissum teneatis!*

La Iglesia condena al liberalismo; el liberalismo ódia y

maldice á la Iglesia, y lleva el martillo demoledor del edificio católico,—reponemos, y lo demostramos tambien.—Mentira! aulla de nuevo «La Razon».—Pero, ¿por qué?—«Porque los partidos políticos en Bolivia no pueden salir de la línea de progresos á que en materia de gobierno hemos llegado».—*¡Rissum teneatis amici?*

¿Esto se llama discutir? ¿Esto se llama tener razon? Cáspita! Tal proceder no es de personas sensatas; es de chiquillos inconscientes ó de locos rematados! Y, ya que se hacen reminiscencias del Santo Oficio, esto es colgarse voluntariamente el sambenito del bochorno y de la impudencia con que se prosigue una cháchara vacía y empalagosa.

Pasemos á otro punto.

¿Cierto es que el cristianismo, á semejanza del liberalismo, se meció en la cuna del asesinato y del crímen?—Horrible mentira; mentira digna de liberales fanáticos; atentado de lesa-historia; vil profanacion de la verdad!

¿Hay, por ventura, competencia y lealtad en nuestros contendores? ¿Se dan cuenta de lo que afirman? ¿Saben lo que dicen?

Niéguennos, pues, ahora el derecho de llamarlos ignorantes, supinos ignorantes. Niéguennos, pues, el derecho de calificarlos de cínicos calumniadores!

¿Qué católicos son esos que echan cieno sobre el catolicismo; que no saben cómo nació ni cómo se propagó la creencia que aseguran profesar y que, sin embargo, escarnecen?

¿Acaso no nació el catolicismo en la cuna de la humildad y circundado por la aureola de su grandeza divina? ¿Acaso no fué arrullado, entre perfumes de virtud, por inefables cantos y fervientes oraciones? ¿No fué sellado con la abnegacion, el sufrimiento, el llanto y la dolorísima muerte del Hombre-Dios? ¿No fué propagado con la uncion, la ciencia y la pureza del apóstol y fecundado con la ardorosa sangre de millones de mártires que llamaban á todos los hombres *á la vida* y, por la vida de todos los hombres, recibían heroicamente la muerte?

No es la leyenda; es la historia, la que, en sus mas brillantes páginas, ha escrito con letras de oro tanta magnanimidad, tanto sacrificio, tanta heroicidad y pureza.

¿Quién niega estos *hechos?*—Los liberales!

¡Católicos que calumniais al catolicismo: desmentidnos pues!

¿Por qué tomais cartas en lo que no sabeis? ¡Oh, tened pudor! Una sociedad ilustrada os escucha!

Ciegos! os es indispensable un lazarillo! Seguidnos —

La Inquisicion, cuya historia y cuyo espíritu os son completamente desconocidos, fué fundada á principios del siglo XIII, no «por un hijo de Santo Domingo», como aseverais, sino por Santo Domingo mismo y por Inocencio III.

Decís que en esa época nació el cristianismo. Ignorantes! en esa época el cristianismo llevaba ya *doce siglos* de existencia.

En el siglo XVII, al contrario de lo que afirmais, la Inquisicion se hallaba en su período de agonía.

«Sí, eso (de los cuadros sombríos de la convencion francesa del 93) fué horrible: *así imperfecto nació el liberalismo*», escriben nuestros flamantes liberales.

Hé ahí cómo, ellos mismos, confiesan, por fin, lo que negaban. Desmienten sus afirmaciones falsas y sistemáticas de antes, y acaban por confirmar lo que nosotros decíamos.

Y, aun en este punto, punto que mas que cualquiera debían conocer, muestran su crasa ignorancia.

El liberalismo, al estallar la Revolucion francesa, tenia ya una existencia secular. Meramente religioso antes, el 89, no el 93, entró en la esfera RELIGIOSO-POLÍTICA; y, desde el 93, atreviéndose á todo crímen y hollando lo mas santo, opuso á la enseñanza católica la desvergonzada jerga revolucionaria, á la caridad cristiana la proscripcion liberal y la guillotina progresista; y acabó por profanar los templos, por derribar de sus altares al Cristo y por decretar la extincion del catolicismo, para exaltar la prostitucion y la materia bruta al rango de la divinidad.—Hé ahí el advenimiento del liberalismo político-religioso al seno de la sociedad moderna. Tal árbol, jamás producirá buenos frutos.

Por otra parte, aquella confesion de nuestros contrarios, disipa la impostura con que trataban de engañar á un pueblo sinceramente católico. En efecto, si el liberalismo nació el 93 ¿cómo osaban decir que tiene el mismo orijen que el catolicismo? Si empezó declarando implacable y eterna guerra á la Iglesia católica, ¿cómo mentían asegurando el acuerdo de dos principios fundamentalmente antagónicos? ¿Y cómo, en fin,

tienen él cinismo de pregonar, que se puede ser liberal en política y católico en religion?

Mucho mas podíamos decir, porque es vastísimo el campo que «La Razon» nos ha abierto. Pero, debemos ser breves, ya que es suficiente, claro y fundado lo que tenemos escrito.

Solo haremos notar, para dar fin á este artículo: que nuestros ilustrados contrincantes no saben siquiera las cosas de su país, de este país que quieren hacer progresar con *sus luces.* Dicen: que duró *cinco lustros* la guerra de *quince años ó tres lustros* que nos dió era gloria, libertad é independencia.

¡Escritores públicos que ignorais lo que todo boliviano sabe; maestros que ignorais lo que sabe el niño de escuela; patriotas que ni siquiera conoceis la tan corta y heroica historia de vuestra pátria! ¿qué nombre mereceis?

Hé ahí, pues, á los liberales.

¿Rissum teneatis amici?



"LA RAZON" EN BERLINA.

Apoyados en la doctrina evangélica y hasta en los sencillísimos dictados del sentido comun, hace marras que dejamos asentado este princípio inconcuso:—«Toda potestad viene de Dios»; princípio comprendido por toda razon que no se halle cegada por las absurdas preocupaciones del *espíritu moderno*; principio rechazado tan solo por las calenturientas y débiles cabezas para quienes es ineludible el culto rendido á todos los caprichos y barbaridades de la moda; principio, en fin, á cuyo alcance no llegan sino aquellos seres desgraciados que conocemos con el nombre de idiotas.

«Toda potestad viene de Dios», dijimos en la primavera; y nadie contestó: esta boca es mía.

Hoy, que nos encontramos en medio del otoño, la celebérrima «Razon» se despereza y, muy fuera de tiempo por malos de sus pecados, niega nuestra proposicion, con el tono grosero é insulso que la distingue.

No se olvide, desde luego: que el principio invocado por nosotros, no es uua mera opinion. Téngase presente: que es

un *dogma católico*, un *dogma de fé*. Por consiguiente, el que lo combate, es liberal neto, liberal en política, y tambien en religion; mas claro: es un sectario del sistema anticatólico. Sí: porque rechaza y escarnece uno de los puntos esenciales de la doctrina del Cristo.

Los liberales de «La Razon», cuya ignorancia y pedantería han pasado á ser un axioma popular, como debía suceder, acaban tambien de mostrarse inconsecuentes con los mismos desatinos á que dan el nombre de ideas suyas. Y la inconsecuencia en que han incurrido es, por demás ridícula y escandalosa.

Esto, repetimos, era forzoso que aconteciera: porque es lógico que caiga en mayúsculas contradicciones cualquiera que no sabe lo que dice. En efecto, quién no sabe lo que dice, mucho menos puede saber, cuando y en qué se contradice. De manera que, con la inconsciencia del cretinismo, destruye lo que hizo, desmiente lo que afirmó.

¿Quereis una prueba palmaria y divertida?

Aquí la teneis.—

Ved á «La Razon» sentada en la berlina. Vedla, público lector, y preparaos á reir á mandíbulas batientes.

Atencion!

«*Para mengua de nuestros* dias, ¿no hemos visto escritas, «en las hojas periódicas de los *neos*, las gráficas palabras «de que «todo poder viene de Dios»? (Número 319 de «La Razon»).

Sérios eran nuestros apuros para rebatir tan luminoso y contundente razonamiento.... Pero, de súbito, nos encontramos, á pedir de boca, con una autoridad tan luminosa y contundente como la que nos abrumaba con la lógica de don Anacleto.

Magnífico ha sido el hallazgo. El mismo cuero nos dá la correa para darles de firme á nuestros contrarios.

Y, si aun dudais, escuchad.—

«El liberalismo enseña la soberanía popular, como la «EMANADA DEL PODER DIVINO». (Número 314 de «La Razon»,)

Esta refutacion, aunque carezca de base ¿no es una refutacion efectiva y formidable?—Indudablemente que sí.

El pez muere por la boca,

Y «La Razon» por la cola.

¿Para quién es «*la mengua de nuestros dias*?»—Para los

charlatanes sin lógica, sin sentido comun y sin norte conocido.

No son solo los *locos neos* quienes sufren tan ruda manotada: son tambien, y ante todo, los estúpidos selenitas.

Toda potestad viene de Dios.—¿Quién lo niega?—La ignorantísima *Razon.*—¿Y quién combate y desmiente y escarnece á «La Razon» insulsa?—La misma ignorante *Razon.*

Consecuencia: el órgano liberal, es la espresion del inconsciente *brutalismo.*

Cuélguese ahora, sobre los merecidos calificativos que le hemos dado, los muy groseros que nos regala en su último editorial.

¡Oh, público lector! ¿qué suerte merece «La Razon»—La de silbarla.

¿*Rissum teneatis amici*?

Reid y silbad!



TODA POTESTAD VIENE DE DIOS.

Tenemos que ocuparnos de un tema trillado hasta el esceso; que aclarar de nuevo una clarísima y evidente doctrina; tenemos,—cosa increible,—que demostrar un axioma!

Un principio que el vulgo sabe y comprende, un sencillísimo é innegable principio, había sido ignorado por los redactores de «La Razon»!

Es por ello, que nos vemos precisados á probar una de las mas triviales trivialidades. Es por ello, que nos imponemos un trabajo supérfluo como el de evidenciar, que á la hora de medio día en que escribimos, aun no han bajado las sombras de la noche.

¿Cuál es el orígen del hombre?—El grandioso *fiat* del Eterno, segun la fé, segun la verdadera ciencia, segun la recta razon.—Una evolucion en el desarrollo de los seres, un extraordinario progreso del orangutan de Angola, conforme á la teoría liberal mas avanzada.

En uno y otro caso, visto está:—que el hombre tiene un principio independiente y superior á su voluntad, ora sea este

principio la *creacion*, ora lo sea la marcha fatal y ciega de un imaginario *desenvolvimiento evolutivo*. Indudable es, que el hombre no *se hizo*, sino que *fuè hecho*.—Y Dios, para nosotros, al señalarle un fin de perfeccionamiento tanto temporal como ultraterrestre, le proporcionó los medios de realizarlo.—Y la naturaleza, para los liberales, desde que formó el tipo, le dió el ideal, *puramente terreno*, y le abrió la senda para alcanzarlo.

Luego: desde su comienzo *totalmente involuntario*, tanto bajo el punto de vista *positivo* como bajo el punto de vista católico, el hombre no es, ni puede ser soberano.

Por otra parte, en este mismo siglo, siglo de asombrosos adelantos en las altas esferas del saber, de extraordinarios triunfos sobre la materia, en este siglo de luz y de grandeza científica ¿qué es el hombre?—Mezcla de purísima claridad y de barro deleznable, pobre y dèbil criatura, miserable juguete del error y de las pasiones, grandioso ser en cuyo seno palpita y ruje y se desencadena, cual indómita y feróz bestia, el génio del mal, de la mentira y de las tinieblas. Sí, el hombre de hoy, como el de todos los tiempos, cuando no hay una luz superior que le alumbre y guíe, camina solo á tientas y corre de precipicio en precipicio.

¿Puede, por ventura, ser soberano este ente que necesita del freno de la ley y de la enérgica represion de una autoridad mas alta, mas fuerte y poderosa que su frágil y caprichosa voluntad?

El dilema que la *realidad de las cosas* nos sugiere,no tiene réplica posible. En efecto:—ó el hombre es soberano, y como á tál, no hay ley que le alcance, porque él es quién la dicta; lo que quiere decir, que esta ley es innecesaria y no tiene razon de existir;—ó bien: hay una soberanía anterior y mas elevada que él, una soberanía que èl no creó, una soberanía que le impuso la ley natural directamente y que, mediatamente,le impone la ley positiva.

Vayamos mas adelante en la cuestion.

El hombre no vive, no puede vivir solo. Nació en el seno de la familia, bajo la égida y bajo el látigo de la autoridad paterna. Hijo de la sociedad, nunca pudo crearla.

Así, la sociedad tambien, lejos de ser obra del individuo, es su medio ambiente. Y, sea por la absurda hipótesis de la evolucion, sea por la omnipotencia de Dios, no se formó

ella misma, sino que *fué formada*. Es inconcebible la menos especiosa suposicion en contrario: porque vá estrellarse y desvanecerse ante la imposibilidad física y moral. Es inconcebible tal quimera, por mas que la haya abortado el descabelladísimo cerebro del liberal Rousseau.

Además, no es la sociedad simple hacinamiento de indivíduos. Es un organismo completo. Por consiguiente, tiene todas las condiciones de vida.—Tiene la *materia* y la *forma*: es su materia la multitud: es su forma la autoridad.

Ser orgánico como es, la sociedad apareció en la escena del mundo, provista de todos sus miembros, miembros sometidos á una potestad sagrada.

¿Cuya obra fué esta potestad?—¿De los indivíduos? —No: porque ellos ya la encontraron.—Del conjunto?—Tampoco: porque el conjunto no hubiera existido sin ella, sin ella que es su espresion, su forma, su motor, su regulador.

En consecuencia, sea liberal, sea católicamente hablando, es una estravagante estravagancia decir: que el pueblo sea la fuente del poder; que ese pueblo que necesita *ser dirijido* sea soberano.

¿Qué soberano se concibe sujeto á una potestad superior á la suya?

El liberalismo, al profesar la doctrina que combatimos, cáe, pues, en la mas monstruosa inconsecuencia: pues, de la *ciencia positiva*, es de donde tambien fluye la mas rotunda negacion de la soberanía popular.

Necesario es que reforcemos nuestra humilde opinion con los conceptos claros, á la vez que profundos y decisivos de un escritor de brillantísimo y sublime génio.

Es el conde José de Maistre quién habla.—

«El hombre, en su cualidad de ente á un mismo tiempo «moral y corrompido, justo en su inteligencia, y perverso en «su voluntad, debe necesariamente ser gobernado, pues de otro «modo sería á un tiempo mismo sociable é insociable, y la so«ciedad sería igualmente necesaria é imposible.

«Siendo pues el hombre *necesariamente social*, y en el «mismo hecho debiendo NECESARIAMENTE *ser gobernado*, no de«pende de su voluntad el establecimiento de un gobierno; y «pues que esto no queda á la eleccion de los pueblos, sino que «el gobierno ó *soberanìa resulta directamente de la naturaleza «humana*, los soberanos ya no existen *por gracia de los pue-*

«*blos*, ni la soberanía es el resultado de su voluntad, como no «lo es la sociedad misma».

¿Qué sofisma, por menos capcioso que sea, qué sofisma se podría oponer á esta doctrina clara como el día, fundada en las *leyes naturales*, corroborada por los hechos y puesta al alcance del sentido comun?—Ninguno!

La sociedad, *organismo que fuè creado* ¿cómo pudo haber hecho aquello sin lo cual no se concibe su existencia?—¿Puede, un ente acéfalo, llamarse hombre completo, en la hipótesis de que viviera?—¿Y puede, ese acéfalo, formar la cabeza que le falta?—¿Podía, la sociedad, hacer la cabeza sin la que nunca habría vivido? En suma ¿podía crearse á sí misma?

¡Oh, absurdo de los absurdos! La nada saliendo por sí de la nada! La nada, que no tiene voz, que no existe, esclamando: existiré!!

Por lo demás, ya que de soberanos hemos hablado, entiéndase que nos referimos á la soberanía en sí, hecha abstraccion de su forma, forma que bien puede ser monárquica, ó aristocrática, ó democrática.

En nuestra vida republicana, por ejemplo, no es el pueblo el soberano: es, simplemente, el vehículo de la soberanía que Dios trasmite al magistrado. No es la ciega y apasionada multitud la fuente del poder público: es, tan solo, el canal por donde el manantial divino corre á derramarse sobre el que gobierna.

Si el que gobierna no es mas que un mandatario elejido y autorizado por la voluntad del pueblo ¿qué derecho superior puede tener sobre sus mandantes?—Ninguno.— Entónces, la revolucion queda elevada á la categoría de dogma.

Pero, el que gobierna, reviste un carácter sagrado y mucho mas alto que los pueriles caprichos y la incurable voltariedad de las muchedumbres: porque solo es *designado* y no *trasformado en autoridad* por los que *han de estarle sometidos*. Y es que, á consecuencia de la eleccion popular, ha sido ungido con el óleo de esa soberanía que no emana de la voluntad de las masas, sino que es superior á la sociedad misma.

El Creador de esta entidad, de esta *personalidad moral*, la creó tal como existe, con todos sus órganos, con todos sus miembros y, con su cabeza, cabeza conocida con el nombre de *autoridad*.

Aquí esta, pues, lo que llamamos *derecho divino*: porque

es un derecho que viene de Dios. Derecho divino de los reyes, derecho divino de los presidentes de república, derecho divino de las asambleas representativas.

¿*Reside* la soberanía en la nacion?—Sí, pueden decir los que no analizan detenida y concienzudamente el fondo de las cosas. Pero, es fuerza confesar, que aquella frase, además de ser simplemente figurada, no espresa con exactitud la idea que encierra, Sus términos concisos piden una esplicacion.

Decir, que la soberanía reside en la nacion, no es decir, que ésta sea el principio de la soberanía. No es la taza de una fuente la que suministra el agua. Dicha taza es el mero receptáculo de los raudales que produce un manantial.—No es soberano el pueblo, por el solo hecho de que parezca á espíritus superficiales que reside en él la soberanía: El pueblo elije; pero no transfigura en autoridad al elejido. El pueblo vota; pero no hace soberanos.—¿Por qué?—Porque la soberanía no emana de él, como no fluye el agua de la taza que la contiene.

¿Y cómo había de ser soberano el pueblo, cuando *está obligado á obedecer?* Sí: la nacion no gobierna, no se gobierna: es *gobernada*, y gobernada en virtud de las leyes de la *naturaleza humana*.

¿Quién nos dirá que estas eternas é inviolables leyes dependen de la voluntad de un ente que no las formó, porque son anteriores y superiores á él?

La nada no crea nada. El pueblo no crea la soberanía, porque carece de ella, porque está sujeto á ella.

Toda potestad viene de Dios.



UN NUEVO PALADIN.

Desde las columnas de «La Razon» se nos dirije un nuevo reto. Armado de punta en blanco, entra en la liza un campeon de refresco, queriendo tambien romper una lanza con nosotros.

Bravo soldado! tarde habeis llegado! Hace mucho ya que

el campo es nuestro. Cediéronnoslo vuestros camaradas. Y vos, sois muy débil para restablecer una accion totalmente perdida. Sentimos que quedeis envuelto en el desastre.

En efecto, el nuevo contendor,—permítanos la franqueza con que lo decimos,—nada ha puesto de su contingente propio, nada, sino su buena voluntad. Repite lo que cien veces espusieron sus coreligionarios, y lo que otras tantas refutamos nosotros. Así pues, su intervencion sería plausible, siempre que tratara de destruir esas refutaciones. Pero, tiene trazas de no hacerlo. Y bien sabe todo el mundo, que lo que se *recalienta* tan solo, no es de buen gusto y mucho menos de buen efecto.

Nuestros contrarios pelean como los antíguos Partos, cediendo el terreno, huyendo á la desbandada y arrojando, de en medio del polvo de su derrota, las ultimas flechas de su inutilizada aljaba.

El adalid que ahora nos desafía, empieza por un preámbulo que, indudablemente, le haría mucho honor, si tuviera la nobleza de hacer que su conducta guardára consonancia con las acertadas reglas que él mismo dicta. Si aquello que, sin motivo, exije de sus contrarios, fuera practicado tambien por él, nos felicitaríamos y batiríamos palmas á un adversario digno y, por tanto, respetable.

Mas, desgraciadamente, es demasiado *liberal* su proceder.

Exije cultura y decencia en el lenguaje, y maldice toda frase destemplada.

Muy bien, señor. ¿No es cierto que la destemplanza es repugnante? Y cuando ella es inmotivada ¿no es verdad que carece de toda justificacion? Estamos, pues, de acuerdo. Y, con vuestra vénia, rechazamos las destempladísimas y soeces palabras con que os tomais la libertad de injuriarnos en vuestro mismo preámbulo.

«Insensatos!—esclamais, con la mayor cultura, por cierto, «—insensatos! no os dais cuenta de que el pueblo está convencido de las intrigas maquiavélicas á que recurrís para el logro de vuestros fines egoistas?».

Si esta es la muestra de templanza y decencia que nos ofreceis desde el primer paso, lo que nos toca, es contemplaros con verdadera lástima.

Prosigamos.

Hablais de lealtad. Pero,—perdonadnos,—faltais á ella.

Una condicion indispensable para llamarse leal, es tener buena fè y sinceridad.

¿Quién no vé, por ejemplo, que la cita que haceis de Augusto Nicolás, lejos, muy lejos de referirse á los católicos, es un estigma impreso en la frente del liberalismo? Y vos teneis la lealtad de aplicar dicho anatema al partido sano defendido por aquel escritor!

Afirmais, que hay liberalismo dogmático y liberalismo político.—Convenido.—Empero, si sois ilustrado y conservais vuestro sentido comun ¿cómo no veis que lo político arranca su raiz de lo dogmático? ¿Negaríais, que lo político no es otra cosa que la *enseñanza práçtica emanada* de lo dogmático? ¿Negaríais, que aquello es simple y *necesario efecto* de esto que es su causa productora, su *causa eficiente*? ¿Existiría lo político sin lo dogmático?—Imposible!—¿De dónde viene una doctrina práctica?—De un principio generador de ella.

Si aceptais lo que os decimos (y teneis que hacerlo forzosamente), estais en la precision de negar y deshacer las proposiciones magistrales de vuestro escrito: porque ellas son completamente falsas.

¿Podemos hablar de la luz del día, haciendo total abstraccion del sol, que es su fuente? Sin duda; pero esto no quita, que el sol sea la fuente de esa luz. Todo es fácil en el dominio de las meras palabras. Mas, es cosa distinta, cuando las palabras tienen que ajustarse á la realidad.

¿Si el sol se apagára, existiría el día?

Y la política, sin los principios que la *engendran*, existiría?

El que se proponga conocer bien un árbol, estará siempre obligado á examinar, no solo sus ramas, sino y ante todo, sus raices.

Ahora bien: hay dos principios antagónicos, fuentes, orígenes, causas productoras de dos políticas fundamentalmente contrarias. El catolicismo y el liberalismo, *dan el ser,* imprimen el movimiento y causan el desarrollo de la *política cristiana* y de la *política liberal,* respectivamente.

No es una teoría simple la que nos ocupa: es un hecho práctico.

¿Qué importa, que la política cristiana y la política liberal concuerden en algunos detalles?—Nada: porque ellas se contradicen en su esencia.—Por consiguiente, en vez de impo-

nerse la tarea inútil de comparar las superficies, es necesario ver el fondo del fondo.

Durante el crepúsculo, *parece* tambien que formáran un todo homogéneo, parece que fueran idénticas la sombra y la luz. ¿Cuál es la parte de noche y cuál la parte de dia que entran en la composicion de esas vagas é inefables tintas con que el sublime Pintor de la naturaleza hermoséa el horizonte en esos fugitivos instantes de dulce melancolía?—No lo sabríamos sin un análisis minuciosa.—Entre tanto, aquello que parece un todo homogéneo é idéntico, en realidad, encierra dos elementos opuestos.

Si el antagonismo de las doctrinas de que nos vamos ocupando se manifestara, sin escepcion ninguna, hasta en los últimos pormenores, claro es que no habría lugar á discusion. Y, por tanto, si hay controvérsia, ella se suscita, precisamente, porque hay *apariencias engañosas*, acuerdos reales tambien en el hecho; pero, oposicion innegable en el espíritu íntimo que anima á cada uno de los sistemas en pugna.

Casi seguros estamos de que nuestro contendor tendrá que hablarnos de principios; de que, á semejanza de los que le han precedido en la lucha, hará uso de alguna frase sentenciosa, de algun aforismo, de alguna *fórmula de progreso.* Así será: por que se verá obligado á *fundar* sus afirmaciones en alguna doctrina. Y teniendo que ser así, entrará necesariamente en la parte dogmática, que es donde se encuentra la *razon de ser* de la parte práctica. Si esta no es mas que la *aplicacion* de aquella, es lógicamente imposible el separarlas.

Aceptando el reto de nuestro último contrario, hemos contestado tan dignamente como acostumbramos.

Escribimos *sine amore nec odio:* porque tal debe ser la conducta de todo el que se eleve á la altura de las ideas. A nadie queremos llamar *insensato* desde el comienzo de un debate que, por su naturaleza, tiene que ser *impersonal.*

Que el recto criterio de la opinion pública juzgue nuestro proceder y el de nuestros adversarios.

LOS FRUTOS DEL ÁRBOL MALDITO.

Queremos desengañar por completo á los ilusos de buena fé, y quitar todo pretesto á los que tienen conciencia de los principios que difunden.

Somos ardientes partidarios de la libertad bien entendida: y es por ello, que rechazamos la mentida libertad pregonada por los propagadores del *espíritu moderno.*

Somos republicanos como los que mas: y, por tanto, combatimos las irrisorias repúblicas del clasicismo cantadas é incensadas por los padres de la Revolucion; combatimos la república sin Dios, tal como el liberalismo doctrinario la sueña aquí, tal como el liberalismo victorioso la ha establecido en otras partes. Rechazamos todo lo falso y absurdo de los *principios del 89*, y, en especial, casi todo lo que se proclama en la «Declaracion de los derechos del hombre». ¿Acaso podríamos admitir, por ejemplo, el artículo 10, en cuya virtud el catolicismo es considerado como una opinion igual á la mas falsa y monstruosa de las falsas creencias?

El partido liberal de nuestro país, ha tenido un especial cuidado en ocultar sus verdaderas tendencias, á fin de no estrellarse, desde el primer paso, contra el inconmovible baluarte que le opondría un pueblo esencialmente católico. Esta fué siempre la táctica empleada por los *hombres del siglo.* Para no ir muy lejos, basta recordar que en España comenzaron su labor bajo la advocacion de la Santísima Trinidad, farfullando oraciones, pasando sus dedos por las cuentas del rosario, dándose fuertes golpes de pecho y persignándose con la mano empapada en agua bendita. Y cuando su propaganda llegó á pervertir los espíritus, descorrieron gradualmente el engañoso velo que les cubria, hasta que, fuertes por su número y sus recursos, se declararon, como bien lo sabemos, abiertamente anticatólicos.

Innegable es, que tal manera de obrar nunca puede ser estéril. Y nuestros liberales no andan errados al adoptarla: pues, lo que les toca hacer, es seducir insensiblemente y envenenar el alma y el corazon del considerable número de católicos sinceros que, alucinados de buena fé, hacen causa comun con ellos.

Empero, á pesar de su precaucion, nuestros contrarios, arrastrados por el ardor de la polémica, han dejado escapar frases gravemente comprometedoras, aspiraciones condenadas por la Iglesia, fórmulas netamente liberales, como lo hemos probado hasta la evidencia en el curso de nuestros escritos.

Repetimos, pues, lo que dijimos desde un principio:—es un absurdo pensar que el liberalismo cambie de naturaleza con el cambio de clima:—el liberalismo boliviano no es mas que una rama nacida del tronco del sistema hoy en boga.

¿Y, acaso, el liberalismo es la espresion de la libertad? No. Quienquiera que abrigue esta creencia, halaga un ensueño tan cautivador como mentido.

Oigamos las palabras juiciosas y llenas de sentido práctico de un escritor cuyo mérito y profunda penetracion son reconocidos por el mundo literario de nuestros dias.—«Bismark «la echa de liberal, y el mismo nombre se dá el jefe del Mi«nisterio inglés, Gladstone; Mingheti y Castelar lo reivindi«can como una gloria suya, y muchos de los actuales ministros «franceses no lo toman probablemente como una injuria. ¡Por «Dios! ¿que hay de comun entre el liberalismo de estos hom«bres de Estado, cuya polílica es tan diversa?». (1).

¿Qué hay de comun?—El ódio á la Iglesia, ódio que estalla en la mente dominadora, *absolutista del Canciller de hierro*, de ese Bismark, *déspota liberal* que mira el mundo como tablero de ajedréz, que trata á su pueblo como á un rebaño; ódio que ruje en el vasto cerebro de Gladstone, de ese liberal que aun rinde parias al papa con enaguas del Imperio Británico; ódio que caldea la elocuente y seductora pluma de Castelar para lisonjear á las muchedumbres y verter en las heridas causadas por la miseria y en las profundas llagas del cuerpo social, verter, á guisa de bálsamo, el veneno corrosivo de perniciosas doctrinas y de utopias tan hechiceras como engañosas.

El liberalismo no es la espresion de la libertad.—Aquella terrible Catalina que inundó en sangre las fronteras de su imperio é hizo *razzias* espantosas en los pueblos vecinos, fué la protectora y la deidad de los liberales del siglo XVIII.—

---

(1). Ramiére—*La bancarrota del liberalismo.*

Aquel Alejandro I que, atormentado por las furias vengadoras de la conciencia, murió de negra melancolía en Tangarog, fué liberal é ídolo de los liberales de este siglo.—Este Alejandro II que ha caido fulminado por las bombas del nihilismo, ha sido tambien liberal.—¡Desafiamos á nuestros contradictores á demostrar lo contrario!—Sí: liberal es el autócrata de Rusia que hace silbar el *knout* sobre las encorvadas y sangrientas espaldas de ochenta millones de hombres! Y liberal es su terrífico fantasma—el nihilismo que camina subterráneamente, con el puñal en una mano y la tea del incendio en la otra, á degollar á su liberal tirano y á reducir á cenizas el alcázar del liberalismo autocrático!

El liberalismo no es la espresion de la libertad.—¿Por cuya estúpida y tenaz oposicion, nuestros grandes y heróicos padres vertieron á raudales su sangre generosa y blanquearon con sus huesos los valles y las montañas de nuestro mundo republicano? ¿No es cierto que la aurora de nuestra independencia iluminó el horizonte en el momento en que se derrumbaba el trono español al empuje de las lejiones de Napoleon? ¿No es cierto que la verdadera hecatombe que enlutó nuestro cielo azul y enrojeció nuestro suelo de esmeralda, no es cierto que se verificó al impulso, á la direccion, bajo la furia satánica, en cumplimiento de los atroces decretos de la Junta Central liberal y de las liberalísimas Cortes de la Península? ¿A qué período de nuestra tremenda y grandiosa iliada pertenecen los Calleja en Méjico, los Monteverde, Boves, Morales, Zuazola en Venezuela, los Goyeneche, Imas, Lombera en nuestra pátria? ¿No es al período en que el liberalismo reinaba en España? Sí: la titánica generacion que sacudió el yugo de la América, lo hizo resistiendo y disipando el torrente de bayonetas que arrojáran sobre ella los liberales de ultramar!

El liberalismo no es la espresion de la libertad.—Liberal fué ese Semonville, que tenía la vil habilidad de doblar la rodilla ante su amo coronado, sin empolvar sus pantalones!

Un bosquejo histórico del liberalismo *en esqueleto*, nos ofrecería todo lo mas siniestro, todo lo mas inconsecuente, todo lo mas contradictorio que encierra la naturaleza humana. Entónces contemplaríamos un cuadro de horror, de vergüenza, de confusion indecibles. La negacion de los derechos mas sagrados, el olvido de los mas sagrados deberes, al lado de pretensiones monstruosas y absurdas usurpando el primer nom-

bre, y de prácticas injustificables usurpando el segundo. Junto á la salvaje independencia de las pasiones, el yugo voluntariamente recibido de un déspota poderoso. Sobre las ruinas del sentimiento noble y puro, irguiéndose lleno de impudencia el espectro del corruptor *naturalismo*. La luz de la idea, apagada al aliento mefítico de la *sensacion*. Los sanos principios, abandonados por las utopias mas descabelladas... ...No nos causarían mas repugnancia ni mas espanto los sombríos y trastornadores círculos del infierno dantesco!

Ciclópea y airada entidad, el liberalismo es la encarnacion del orgullo con cabeza de tinieblas y pedestal de cieno.

El liberalismo es el autor de *la paz de Varsovia,* y lo es de los escalofríos del *zar.*

El liberalismo oprime y asesina á la Irlanda, á la vez que tiene una diosa *que reina y no gobierna.*

Pero, basta. Hemos cojido á la aventura un puñado, por decirlo así, de la abundantísima cosecha de males engendrados por el sistema que combatimos,—cosecha de *hechos históricos;* cosecha de *realidades palpitantes.*

Hé ahí los ópimos frutos del árbol.

Con la bajeza y la osadía, con el cetro y el gorro frigio, con la hipocresía y la impudencia, con todo lo que esté á su alcance, la abigarrada secta liberal hace guerra franca y guerra subterránea, guerra de frente y guerra indirecta al catolicismo; barrena los fundamentos de la Iglesia; maldice y persigue á ese «metro cúbico de estiércol llamado papa» segun las groseras y sacrílegas espresiones del liberal Garibaldi.

Por lo demás, no importa que la Polonia sufra la tortura de Prometeo, retorciéndose sobre su lecho de hierro y fuego; no importa que la Irlanda llore y agonice sollozando el *coronach* (1) sobre la verde alfombra de sus playas solitarias; no importa que el incendio se propague por do quiera; que la soberana multitud se precipite al abismo del desórden y del aniquilamiento moral; que la juventud se estravíe y corrompa libremente.........; no importa, con tal de que no se lastime el derecho ajeno; no importa!

«¡Volved á la naturaleza!»—fué el grito del filosofismo.

---

(1).—Canto lúgubre improvisado sobre las cenizas de un ser querido.

El mundo lo oyó, y las pasiones se desencadenaron, y resonó el desconcierto de la orgía, y surjió la sensualidad con su compañero inseparable—el egoismo; y tras la crápula de los sentidos, vinieron las sangrientas saturnales de la Revolucion!

¡Volved á la naturaleza! —Empezaron las escandalosas *cenas del Regente*; y el hombre dejó de ser cabeza y corazon, para degenerar en lengua y estómago.

¡Volved á la naturaleza!—El infame revolucionario Lebon estableció un festin báquico permanente junto á la guillotina tinta en sangre, esclamando á cada momento, mientras sus víctimas morían afuera, esclamando, en presencia de las vírgenes violentamente arrastradas á sus nefandos banquetes: —«¡Doncellas! cumplid las leyes naturales! abandonaos á los brazos de vuestros amantes!»

¡Volved á la naturaleza!—El salvaje grito resuena mas fuerte hoy, y el movimiento del brutalismo continúa.—Littré canta el *De profundis* del espíritu desde el negro é inerte seno de la materia bruta.—Zola ensalza el vicio y la infamia con pluma sopada en las úlceras purulentas de los hospitales, empapada en el virus de las casas de corrupcion.—«¡No hay Dios!» aullan Feuerbach y Stirner ora en la cátedra, ora en la plaza pública, ora en el Parlamento.—«¡Todo es fuerza y materia!» responden Vogt y Büchner desde la esfera religioso-científica!

Y todos, cualesquiera que sean sus contradicciones, todos, á la vez que se escarnecen y devoran entre sí, marchan hácia un mismo punto: están acordes en sacudir el yugo, como llaman, de la Iglesia católica.

¿Pero, se nos dirá, acaso sucede esto en Bolivia?—A tal pregunta nos basta responder mostrando lo que ya se manifiesta poco á poco.—Hay ya entendimientos débiles que vacilan; hay conciencias torturadas por el choque de los dos sistemas que se disputan su dominio; existe ya ese desfallecimiento causado por el espectro de la duda.—El hecho es positivo, aunque, por fortuna, sus proporciones sean casi imperceptibles todavía.

Empero, si el hecho no es demasiado patente aun, no se puede negar que la doctrina generadora de él empieza á difundirse.—Sí: se predica, que es una mengua profesar el *dogma de fé* de que toda potestad viene de Dios,—Sí: se despliega el estandarte de la escuela krausista, cuya influencia precipitó

en Alemania la formacion de la terrible *estrema izquierda hegeliana*.—Sí: se proclama como dogmas, se acaricia como ideales de un porvenir mejor, las libertades falsas rechazadas por el catolicismo.—Sí: se toman, como símbolo de la nueva fè y como piédra angular de la nueva política, los *principios del 89*...............¿Faltamos, por ventura, á la verdad?

Antes de terminar, repetiremos: que el liberalismo es, en sus infinitos matices, la espresion de la anarquía en las opiniones, de la lucha y de la contradiccion de sí consigo mismo.

«No hay que maravillarse, dice Ramiére, si se encuentra «en el gran partido liberal tanta variedad de opiniones, cuantos «grados intermedios hay entre la noche mas densa y la pleni«tud del medio dia. Escepto el blanco puro de la verdad, es«te partido comprende todos los matices del claro-oscuro, des«de la negacion radical del positivista hasta el catolicismo li«beral, cuya velada tinta solo puede descubrir el ojo bastante «ejercitado».

¿En qué se parece el exajerado misticismo de Alejandro I á la furia diabólica y al *colectivismo* radical de Bakounine?—Y, sin embargo, ambos son liberales!

¿En qué se parece el absolutismo de Bismark al espíritu demagógico de Rochefort?—¡Y los dos son liberales!

Hay, pues, una *autocracia liberal*, como hay revoluciones liberales que estallan á cada paso.—

Es que el liberalismo, lejos de ser la libertad—es el anticatolicismo.

El formidable déspota Federico II ríe y se mofa de la Iglesia; y ríe y se mofa tambien su lacayo Voltaire.

Bismark azota y encadena.—El radical Hertzen es encadenado por el zar.—Y Bismark persigue á la Iglesia.—Y Hertzen la maldice.—Y aquel dominador de un pueblo y este enemigo de un trono son liberales.

El liberalismo no es libertad: es anticatolicismo.

UNA RESURRECCION TARDIA E INFRUCTUOSA.

Ha vuelto á aparecer el colaborador que empezó á escribir «La política liberal» en las columnas de «La Razon».

¿Es el mismo que calló á consecuencia de una refutacion nuestra?—Creemos sinceramente que nó: pues, ahora se nos presenta sin vigor, sin luz, sin solidez ninguna de conceptos

Una de dos:—ó la pluma es distinta;—ó el escritor ha perdido la virilidad de su mente. De un modo ó de otro, á la nueva entidad,—ó á la entidad antigua, decadente ya y enervada, mas le valiera dormirse definitivamente que despertar tan tarde y de tan mal talante.

En polémicas animadas, ardientes como la actual, en que al ataque responde inmediatamente la defensa, para que, al punto, suceda otro golpe que, rápidamente, se debe parar,—la oportunidad es de momentos, y cuando pasa, no hay remedio. Basta un día para que la cosa envejezca. Por tanto, el que se duerme, está, irremisiblemente, fuera de combate.

Hé ahí la suerte deparada al adversario que recien vuelve, cuando ya en la arena de la lucha se levanta el tranquilo vivac del campamento.

Francamente: controversistas como el que motiva este escrito, nos causan la ingrata y lúgubre impresion de un alma en pena.

Volver cuando todo está, sino concluido, demasiado próximo á su conclusion, indica muy poco valor ó muy poca lealtad.

¿Quién se acuerda ya del artículo que apareció hace mas de un mes?—Nadie.—Lo único que queda es la refutacion que lo destruyó. (1).

¿Se han rebatido, al menos, los fundados argumentos que espusimos?—Absolutamente nó.

Nada hay que hacer, por consiguiente, sino aplicar, tanto al actual como á todos nuestros contendores, estas significativas

---

(1).—Véase la página 20.

palabras de Camilo Desmoulins:—«Os pareceis á aquellos ate-«nienses á quienes Demóstenes decia: Sereis siempre como esos «atletas que, heridos en un sitio, llevan allí la mano; heridos «en otro, la llevan allí tambien, y ocupados siempre de los «golpes que acaban de recibir, ni saben herir ni preservarse!»

El autor de la «Política liberal», á quién, desde luego, supusimos analizando con el escalpelo de la crítica nuestro editorial de 13 DE MARZO, y rumiando concienzuda y maduramente una respuesta, sino abrumadora, siquiera especiosa; á quién creimos, despues, desalentado de su inútil empresa y yendo á descansar en paz,—regresa hoy, sin traer nada de nuevo y, por lo mismo, nada de bueno; régresa á una palestra abandonada.

¿Pero, preguntamos una vez mas, ha sido atacada nuestra argumentacion ya de remota fecha, puesto que estamos ya en abril?—No.—Lejos de eso, queda de pié, y el silencio del contrario la robustece mas ante la conciencia pública.

A la larga mudéz del consabido, hay que agregar una mistificacion inesperada. Tan franco liberal hace marras, hoy se nos presenta en ademan de santiguarse. Y lo único que ha conseguido con este cuarto de conversion, es encerrarse en un círculo de hierro. No le es dado sálir de allí, desde que se llama católico tambien. Allí tiene que quedar amarrado al potro de la impotencia.

¿Sois católico?—Entónces, es vano que mireis lo *religioso* lo *dogmático*, lo *jurídico, político* ó lo que querais de las falsas libertades que os ocupan. Tales como las estais esponiendo, os lo hemos probado antes y os hacemos recuerdo ahora, son rechazadas, condenadas por la Iglesia *à que perteneceis*; y son proclamadas, ensalzadas por el liberalismo *que lidia con dicha Iglesia*, y al que, por lo tanto, *estais obligado á combatir*.

Además de consideraciones sólidas, os mostramos, en el *mes pasado*, el juicio decisivo de autoridades irrecusables, juicio de grandes escritores liberales, juicio tambien de grandes escritores católicos y entre estos, el *inapelable del Jefe de la Iglesia.*

A fin de refrescar vuestra memoria, aunque es trabajo supérfluo, os haremos conocer la opinion de una nueva y respetable autoridad. Escuchad, pues.—

«Nuestro siglo es presa de una *mentira seductora*, forjada para perturbar las naciones. El orgullo, tomando el nom-

«bre de libertad, ha inundado el mundo. Bajo este *mentido* «*nombre*, ha podido conquistar las ideas una á una, tomar po«sesion y *hasta llamar á la puerta del santuario. Sin esta si*«*mulacion*, nunca habría logrado penetrar á un mismo tiempo «en los ánimos bajo el nombre de LIBERTAD DE CONCIENCIA; en «los Estados bajo el nombre de LIBERTAD DE CULTOS, en las «costumbres bajo el nombre de LIBERTAD DE IMPRENTA, y en «las muchedumbres bajo el nombre de SOBERANÍA POPULAR. (1).

¿Sois católico?—Inclinad la cerviz: destruid lo que estais haciendo!.

«Si se quiere vivir y morir como católico, dice juiciosa«mente un notable escritor, es indispensable someterse á las «prescripciones de la Iglesia católica, que *no nos precisa á* «*aceptar su ley, pero que nos rechaza de su seno, si queremos* «*prescindir de ella*, toda vez que nos consideremos como sus hijos». (2):

Luego: llamándoos católico, estais en un callejon sin salida. A vuestro frente se encuentra el inconmovible *non possumus* del *Jefe infalible* del catolicismo; no hay apoyo para vos ni á derecha ni á izquierda; y mientras vuestros piés vacilan, se cierne el anatema sobre vuestra cabeza. Sino retrocedeis, hay solo un estrecho postigo para no dar paso atrás. Salid, si gustais, por dicho postigo; pero, sabed que conduce al pandemonium del liberalismo!

Estéril es, pues, el trabajo que emprendeis. Tomad la tonante voz de Demóstenes, tejed la enmarañada tela de los sofistas, agrupad ó esparcid como un abanico los mil *distingos* de la escolástica; y, si quereis, soplad la estruendosa trompa de Ossian que conmovía los ámbitos de la gruta de Fingal, pulsad la lira de Orfeo que amansaba á las fieras, tañed la de Anfion que hacía caminar á las piedras.....Con todo esto, nada habeis hecho. ¡Católico: el catolicismo es fundamentalmente contrario á lo que decís!

¿Sabeis cuando podemos oiros, cuando podemos controvertir con vos?—Cuando, como os creíamos al principio, os manifesteis como liberal franco, como anticatólico sin ambajes.

---

(1).—Blanc de Saint-Bonnet, *La Legitimidad.*

(2).—Cretineau-Joly, *Clemente XIV y los Jesuitas.*

Pero, el escudo de que ahora os servís, os inutiliza.
Estais preso, encadenado.
Daos cuenta, y vereis que, en semejante posicion, no puede haber debate, sino charla.
Dispensad nuestra franqueza.



LAS DOS LIBERTADES.

Cuan vasto es el horizonte que estas sencillas palabras abren á la contemplacion de nuestra mente! Cuantas y cuan varias perspectivas surjen de los ámbitos de este horizonte inmenso!

La naturaleza de nuestro trabajo no nos permite abarcar tan dilatada estension, ni entrar en tan infinitos y tan diversos detalles. Es por ello, que nos limitaremos á considerar el asunto bajo su faz mas saliente.

¿Qué es la libertad?—Hé aquí la definicion *dogmática* del liberalismo:—«La libertad consiste en poder hacer todo lo «que no daña á otros. De suerte que el ejercicio de los dere«chos naturales del hombre, no tiene mas límites que los que «aseguran á los otros miembros de la sociedad el goce de es«tos mismos derechos........» (Artículo 4.º de la *Declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano*).

Tal definicion, por mas lijeramente que se la analice, muestra en si misma su falsedad y lleva en potencia los perniciosísimos efectos que en la práctica ha causado y está causando. Una sociedad ébria de orgullo, trastornada por los delirios del siglo, arrastrada por la magnética influencia del *positivismo* reinante en todas las esferas de la actividad, prorumpe en frenéticas aclamaciones, al ver que, de aquella manera, se le abren, de par en par, las puertas á un desbordamiento sin dique ninguno, á un tumulto, á un desórden sin límites. Roto el freno que reprimia el ciego ímpetu de las pasiones y la tendencia barbarizante de los malos instintos; autorizada la propaganda del error y de la impostura; inaugurado el culto de las utopias mas antisociales,—el génio del mal se ha visto sintrabas y, una vez desembarazado de sus cadenas, ha podido

presentarse terrible y poderoso, causando estragos en torno suyo; realizando con la humanidad entera, lo que el leon africano hacía al encontrarse libre en medio de un círculo lleno de desventurados y temblorosos gladiadores.

El dogma liberal canoniza los mayores atentados contra las buenas costumbres y contra los verdaderos principios. Abandona á un trastorno, á un cataclismo indécibles el dominio de la moral, el de las ideas, en suma, todo aquello en que no debe de haber represion, *puesto que no se lesionan los derechos ajenos.*

Esta frase, como bien se vé, tiene una elasticidad asombrosa. Sin dañar el derecho ajeno, se puede inocular en la sociedad la ponzoña del error y el virus de la corrupcion.—Sin dañar el derecho ajeno, se puede emitir doctrinas disolventes, escarnecer lo mas santo, hollar lo mas divino, envenenar lo mas sano, pervertir lo mas inocente..............No solo se puede: *se há hecho y se háce.*

En uso legítimo de la *libertad moderna,* el órgano mas autorizado del liberalismo ha dicho:—«El catolicismo no teme «á un puñal bien afilado; pero puede derrumbarse por la cor«rupcion. Así, no nos cansemos jamás de corromper. Popu«laricemos el vicio en las masas; estas deben respirarlo por los «cinco sentidos; que lo beban; que se harten de él».

En uso legítimo de la libertad moderna, se adultera el espíritu, se deprava el corazon, se marchita la pureza de las generaciones nacientes.

Con tal de no dañar el derecho ajeno, hay campo dilatado para cometer los mayores crímenes de doctrina, de moral y hasta de arte; crímenes reales que preparan la consumacion del gran crímen del estravío, del embrutecimiento, de la desespiritualizacion de las sociedades.

Sin dañar ajeno derecho, se incensa al César mas tirano, y se maldice á Dios!—se aniquila moralmente y se empuja al abismo á un pueblo!

¿Acaso no está Dios proscrito de la esfera donde se desenvuelve la libertad de moda?

Arrancada la clave del edificio, este tiene que desplomarse.

Y, sino, ved.

¿Cuáles son los límites de la libertad proclamada en 89, sancionada en 93 y practicada hoy?—El último inciso del arti-

culo citado, nos lo enseña así:—«Estos límites no pueden ser «determinados sino por la ley».

¿De dónde viene esta ley?—«Es la espresion de la voluntad general», dice el artículo 6.º de la misma *Declaracion de los derechos*.

¿Y cuál es la norma de esa voluntad general?—El liberalismo responde en coro: «*La ley es atéa y debe serlo*».

Dejamos á la penetracion de nuestros lectores las tremendas consecuencias de tales dogmas.

Segun el sistema liberal, no se puede legislar sobre la moral, ni sobre la doctrina, ni sobre el arte..........Hé ahí el inmenso campo en que es posible hacer todo lo que se quiera sin dañar el derecho ajeno.

Y el hecho *proveniente de aquellos dogmas,* como bien lo sabemos y lo estamos palpando, amontona ruinas y sombras, comunica un vértigo espantoso y convierte en continua convulsion la vida de las sociedades entregadas al *espíritu del siglo*.

¿Cuál de los dos elementos en pugna prevalece por el momento?—El mas fácil de realizarse, el mas grato y seductor para el hombre débil y sediento de goces. Vence el mal, el mal tan llano de hacerse, el mal tan rico en voluptuosas sensaciones, sembrado de rientes panoramas, lleno de mágicos cuadros. Allá corre, allá se precipita desalado el hombre libre de nuestros días. Por senda esmaltada de flores, vá allá donde la pasion retoza, donde se bebe á grandes tragos el néctar del placer, donde se saborea la ambrosía de la ventura.—Bajo los verdes pámpanos, olvidada de un Dios tan severo como quimérico, disfrutando plenamente de su libertad, envuelta en el aroma que despide el pebetero de la sensualidad, al arrullo de blanda música, la juventud apura el dulce veneno que rebosa de la áurea copa del festin, y lo apura sin medida, por que ese veneno es muy dulce; y envenenada, y placentera, y bulliciosa, canta como Horacio: «¡Cojamos las rosas antes que se marchiten; gocemos hoy, que mañana moriremos!»

Todos los que así obran, ponen en ejercicio su legítima libertad. ¿No es cierto?

Este es el hecho universal, palpitante en el siglo de Zola y de Ruge, de Proudhon y de Mazzini.

Y no es mas que uno de sus mil aspectos, y el aspecto mas bello, el que ofrecemos.

¿Tal es, por ventura, la libertad cristiana ó, mas simple y exactamente, la LIBERTAD?—Mil veces nó!

Un distinguido adalid del catolicismo se espresa de esta manera:—«Se puede definir la libertad: la remocion de todo «obstáculo que impidiese al hombre tender á su felicidad y ad«quirir su perfeccion».

¿Qué perfeccion?—Esa que se persigue por la escabrosa senda y mediante la titánica lucha del progreso verdadero, indefinido; esa que, al través de encarnizados combates con el mal y con nuestras mismas debilidades,nos aproxima gradualmente á Dios; esa que, de tropiezo en tropiezo, de dolor en dolor, de triunfo en triunfo, nos fortifica, nos levanta, nos engrandece; esa que nos encumbra,—permítasenos la palabra,—que nos encumbra á lás excélsas alturas de la *deificacion.*

Usar de su derecho, derecho que nunca puede llamarse tal, sino cuando marcha paralelo con la moral mas pura; cumplir estrictamente su deber, deber que impone la guerra al vicio, al error, á la mentira, á la vez que la práctica constante del bien, la profesion y el culto de la verdad, la realizacion de la belleza en el sentimiento, en la inteligencia y en la accion; avanzar con la mirada fija en el eterno é infinito tipo de perfeccion, que es el *Ser perfecto;* luchar á brazo partido contra toda propaganda perniciosa; disipar las tinieblas que oscurezcan el horizonte de los entendimientos; salvar los abismos ahondados por toda influencia corruptora; allanar todo obstáculo; fortalecerse, elevarse, transfigurarse, buscando siempre la satisfaccion de la propia conciencia y siempre procurando dar el buen ejemplo; amar á Dios y á la humanidad:—amar y sublimar en sí á Dios de quién se es imágen, á la humanidad de quién se es miembro; hacer el bien solo por ser bien; hacerlo, por lo mismo, consciente y libremente; gobernarse, aplicándose las leyes de la Providencia ....esto se llama poner en práctica la libertad: en esto consiste el ideal del *self-governement.*

«Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos».—Hé ahí el resúmen de toda la vida; hé ahí abierto el

horizonte sin límites á la perenne marcha y á la ascencion grandiosa è indefinida del hombre.

Fuera de ese divino programa cuya realizacion vá más allá del tiempo, para continuar en los ámbitos de la eternidad y el infinito,—hay un sublime corolario espuesto en la Biblia y confirmado por el Redentor.—*Ego dixi dii estis:* «Yo dije: dioses sois».

¡Oh, decidnos! ¿no está aquí la verdadera libertad?

Sí: el cristianismo abre al hombre el camino de su perfeccionamiento, de su *deificacion*! (1).

Confesad, pues, que el liberalismo es la mas completa negacion de la libertad!

«¡Oh, libertad: cuantos crímenes se cometen en tu nombre!» esclamó la hechicera y desventurada Manon Philipon, al llevar su hermosa cabeza al cadalso, víctima de la falsa libertad acariciada por su mente soñadora, amada por su corazon de fuego.

¡Pobre y simpática heroina; estraviada é inmortal esposa de Roland: tú misma eras, sin saberlo, del número de los criminales!

¡Oh, libertad: el mas grande de los crímenes, es el que los liberales han perpetrado, disfrazándote de prostituta sin ley ni Dios!



NUEVAS LÁSTIMAS DE "LA RAZON".

Aquellos que, sin razon, nos exijían cultura y decencia en el lenguaje, y lealtad en el proceder; aquellos que protestaban «no descender jamás á recibir los ultrajes, insultos y calumnias»; aquellos que, con dignidad tan afectada como falsa, prometían no bajar de la despejada y serena region de las

(1).—«La deificacion del hombre por la sumision á Dios, hé aquí el Cristianismo; la deificacion del hombre por la rebelion contra Dios, hé aquí el anticristianismo», dice el P. Ramiére.

ideas,—preséntanse ahora con la pluma empapada en hiel, con el dicterio en los labios, con la vaciedad de conceptos y el esceso de preocupaciones en la mente, con la cólera de la impotencia en el pecho, con la obcecacion tenáz y caprichosa, en la voluntad.

Magnífico! Así se obra liberalmente.

Predicar lo bueno á quienes lo practican, y violar su propia enseñanza con descarada inconsecuencia; lanzar bellísimos programas, y ser los primeros en contrariarlos; pronunciar el *sí* con aires de catequizante, y hacer el *nó* como neófito incorrejible: esto se llama obrar locamente y sin decoro ninguno; y esto hace que devolvamos victoriosamente á nuestros adversarios, la frase tan trivial que nos dirijían: «detrás de la cruz el diablo».

Quien pregona el bien y practica el mal, es un impostor, un coribanto que miente desde el principio y acaba engañando; es un «obcécado de mala fé, al que ciertamente parece imposible convencer».

Con circunspeccion y altura y aduciendo sólidos y decisivos argumentos, hemos probado: *que toda potestad viene de Dios*, cualquiera que sea la forma de gobierno. Apoyados, tanto en la pretendida *ciencia positiva* como en la indiscutible doctrina católica, hemos evidenciado: que la sociedad no puede crear aquello que le dá forma y le infunde vida, aquello que *la hace sociedad*.

A una demostracion tan séria y tan palmaria, nos salta «La Razon» con lastimosas inconducencias y con groserías, llenas de cultura liberal y notables por su liberal decencia. Háblanos inconscientemente de ampollas sagradas, de títulos espedidos por la Iglesia y de otras mil estravagancias, tanto mas absurdas cuanto que no vienen al caso. Háblanos torpemente de no sabemos qué «vocinglería de cogulla y sin cogulla», y se desata en otros mil desahogos tan hirientes como rastreros.

«Hemos de renunciar á la palabra, dice el órgano liberal, para que sin rubor nos digais: todo poder viene de Dios?»

A este arranque, espresion de la audacia y de la incompetencia de nuestros contrarios; á esta manifestacion de su rabia felina y de su asombrosa ignorancia, fuerza es contestar con todo el poder de la conviccion, con toda la energía de la dignidad.

Miserables fanáticos! ¿cómo os atreveis á escribir lo que os espone á la rechifla del público? Hablais de rubor, y no os ruborizais de contradeciros á renglon seguido! Sí: en vuestro mismo editorial afirmais lo mismo que estais negando! Despues de escarnecer el principio, lo proclamais en estos términos: «*si algo emana de la divinidad*, es la soberanía popular».

Esto se llama enfurecerse con la fúria brutal y suicida del escorpion. Esto es clavarse el dardo á sí mismo.

O nuestros contrincantes han resuelto jugar una comedia ridícula, lo que es cosa harto triste; ó no se dan cuenta de las frases que emiten, lo que es superlativamente triste, tristisimo. En uno ú otro caso, muestran falta de instruccion, falta de seso, falta de pudor.

Como si alguien hubiera tenido la audacia de sostener la bondad y la conveniencia de la monarquía en un pais tan antirealista, tan ardientemente republicano como el nuestro, claman á grito herido contra el *absolutismo monàrquico.* Y con esta misma risible ocurrencia, dan á conocer su miopia, compasible miopia que les impide fijarse en el fondo de las cosas.

Se titulan católicos, é ignoran la doctrina católica!

Orondos escritores, no comprenden lo que tienen entre manos!

Verbosos y campanudos propagandistas, no saben lo que propagan, ni conocen lo que atacan!

El contagio de la moda los domina fatalmente, con esa fatalidad irresistible en seres que han perdido la libertad de su conciencia y la independencia de su pensamiento.

Apasionarse, por pura imitacion, del sistema que se ignora, y aborrecer, por imitacion tambien, el sistema opuesto é igualmente ignorado: tal espectáculo causa pena, verdadera y profunda pena.

Dícennos, los flamantes publicistas de «La Razon», que hay un absolutismo *monárquico*, contra el cuál revientan en iras olímpicas.

Dispénsennos que les respondamos, que ese pasaje de su escrito, nos hace estallar en una carcajada homérica, porque encierra un soberano absurdo y dá orígen á una consecuencia soberanamente estravagante.

En efecto, si hay un absolutismo acompañado del simple adjetivo *monárquico*, indudable es, que hay tambien un *absolutismo democrático* (!).

¿Qué hombre sensato contendrá la risa ante los frutos de la sabiduría de nuestros contendores?--Ninguno; así como ninguno dejará de reirse, al oir aquella otra ocurrencia del *liberalismo católico*.

Lo que hay de cierto en el asunto que debatimos, hecha abstraccion de la ignorancia de los redactores de «La Razon», lo que hay de cierto, es que, ora en las monarquías, ora en las repúblicas, además del principio sagrado de autoridad, aparece frecuentemente, en el hecho, un mal elemento que, lejos de ser esencial en ninguna forma de gobierno, es extrínseco en todas ellas, y adultera su accion, haciendo odioso el principio mismo, para las cabezas superficiales que, lastimosamente, confunden el fondo perenne de la *potestad* con los pasajeros accidentes que vienen á malear su forma.

Si aseguramos que nuestros adversarios carecen de competencia en la materia sobre la que tan enfáticamente garlan, no lo hacemos, pues, por malignidad, sino porque tenemos fundamento para ello. Si los llamamos ignorantes, no obedecemos á una pasion mezquina. Muy lejos de que nos mueva el odio liberalesco, muévenos el cristiano amor a la verdad.

«El absolutismo monárquico, sobre ser un desafuero del derecho natural, es un absurdo», dice «La Razon».—Luego, «La Razon» no sabe la historia de la humanidad. Sepa, pues, desde hoy: que la monarquía fuè la cuna de las sociedades nacientes, precisamente, porque así lo dictaba la *naturaleza*. La monarquía mas pura y paternal fué el gobierno patriarcal, al que sucedió el despótico y absoluto gobierno de los reyes orientales, de los Faraones egipcios, de los régulos de la Hélada... ...Y, al presente, en pleno siglo XIX, la monarquía subsiste, robusta y poderósa, en la mayor parte del mundo civilizado. —Así, la sociedad no tuvo por orígen el absurdo; y, sobre todo, no hay ningun absurdo que, viniendo desde los tiempos prehistóricos, tenga trazas de perpetuarse hasta los terribles días del Apocalipsis.

La república es un progreso, repetimos sin cesar los republicanos. Pero, el progreso no consiste siempre en abandonar lo malo por lo bueno; consiste tambien, y ante todo, en pasar de lo bueno á lo mejor. Lo que ahora es viejo, antes no lo fué; y cuando era nuevo, parecía tambien muy bueno. Tratando de las cosas *en sí*, nunca debemos afirmar, *á priori*, que, por

ser vetustas, son absurdas. No: tales cosas son simplemente vetustas. Todas ellas tuvieron su *edad de oro.*

Elevémonos siempre por sobre toda preocupacion estrecha. No obremos como *liberales*, sino como *hombres.*

«El absolutismo monárquico es un absurdo».

Sí?—Pero, ni aun aquí está olvidado el pueblo, á no ser para el caletre de los ciegos de espíritu. El hecho mismo suministra la prueba mas concluyente. Si hay absolutismo monárquico, su misma existencia supone el consentimiento tácito del pueblo *que se le somete.*

Por lo demás, no importa que éste absolutismo efectivo sea tan insolente y abrumador como el del *liberal* Federico II de Prusia, tan hipócrita y rapáz como el del *liberal* José II de Austria, tan corrompido y sanguinario como el de los *liberales* Enrique VIII é Isabél de Inglaterra, tan odioso y salvaje como el del *liberal* Bismark. Y si la monarquía llega á ser verdaderamente constitucional, no importa que sea mercantil é indecorosa como la del *liberal* Luis Felipe, que sea traficante y sin corazon como la de la *liberal* Gran Bretaña. Así como importa mucho, que las monarquías sean gloriosas, benéficas y lloradas por largas generaciones, como la *absoluta* del *católico* Enrique IV; que sean brillantísimas y civilizadoras como la de la *católica* Isabél.

La esencia del principio es inmutable y siempre sagrada. Su forma puede variar, y varía de un lugar á otro, de una á otra época. El indivíduo ó los indivíduos en quienes se encarna la autoridad, pueden cometer, y cometen grandes é irritantes abusos, violando sus ineludibles deberes, maleando su altísima mision.

¿Renegaremos de la vida, porque hay horribles enfermedades en ella? Destruiremos el cuerpo humano, porque se halle roido por la podredumbre de los vicios? Maldeciremos al mundo, porque suceden en él cataclismos espantosos y se desarrollan epidemias destructoras?—¡Oh, no! Lo que es *anormal*, por mas que dure, es harto insignificante ante lo sustancial y perdurable de la cosa.

La autoridad emanada de Dios, aparece do quier surje una sociedad, cuya existencia no se concibe sin un gobierno cualquiera. Y, repetimos, no importan al principio fundamental y perenne, los desmanes y los crímenes de los malos gobernantes, sean ellos reyes como los déspotas liberales que hemos

citado, ó sean presidentes como el fátuo y voluntarioso tirano de Venezuela, el *liberal* Guzman Blanco, para no ir muy lejos.

De todos modos, tanto bajo la monarquía absoluta y bajo las tremendas dictaduras republicanas, como bajo la monarquía constitucional y bajo los regímenes efectivamente democráticos, el elemento popular figura en primera línea. Su consentimiento, espresó aquí, es tácito allí.

Concretándonos á la forma monárquica de la potestad emanada de Dios ¿cómo no ha de creerse en el consentimiento del pueblo, cuando hay portavoces que lo espresan á porfía y en todos los tonos imaginables?

¿Y sabeis quiénes son estos correvediles que zurcen las voluntades del pueblo y del rey?—Preciso es que no lo ignoreis. —SON LOS LIBERALES, sí, los liberales, desde el maestro que se destaca en las eminencias de la cátedra hasta el vividor que se devana los sesos en las sentinas de la intriga, desde el apóstol que despliega su estandarte hasta el último pilluelo que retoza en los arrabales.

Vamos á probarlo con *hechos evidentes*.

El *liberal* príncipe de Kaunitz es el inspirador y el idólatra de José II. Los *liberales* Voltaire, Maupertuis y otros mil, soportan con víl paciencia, y, mucho mas, reciben con infame risa en los labios las pesadas y torpes burlas de Federico II, y humillados, y befados, y pisoteados, entonan ruidosos himnos á su dios flautista y guerrero. El *liberal* Waller canta á Cárlos I; canta despues á su sacrificador, el revolucionario Cromwell; y, luego, canta con mayor entusiasmo á Cárlos II. *Todo el liberalismo francés* mendiga las sonrisas, sufre los desprecios y hace la apoteosis de una mujer pública, llamada Mademoiselle Poisson cuando prodigaba sus favores al que los pagaba; de una mujer pública que, elevada de aquel fango hasta la podredumbre del trono ocupado por un rey absoluto, llegó á tomar el nombre de marquesa de Pompadour!...... ....

Detengámonos ya aquí.

Con lisonjas y canciones, con bajeza descarada y con humildad hábilmente disimulada, los liberales son los mensajeros oficiosos é infatigables del consentimiento tácito del pueblo.

La potestad que fluye de la fuente divina y se derrama sobre el gobernante, sin necesidad de *santa ampolla* ni de ninguna otra ceremonia parecida á esta; dicha potestad, cualquiera

que sea su forma, dá vida, órden y movimiento á las sociedades.

Y esto, que es un principio sagrado, tratándose de la humanidad perfectible, es una ley natural, un instinto necesario hasta en los últimos grados de la escala animal.

Efectivamente, sin un gobierno, no habría ni ordenadas y bulliciosas colmenas, ni activos y laboriosos hormigueros.

Sin autoridad, solo hay tigres solitarios y feroces, ó *convencionales* mas feroces y sedientos de sangre que los tigres, convencionales que, despues de sembrar la muerte y el terror en torno suyo, arrastrados por sus iras liberales, acaban por devorarse entre sí.

No terminaremos sin dar un palmetazo mas á nuestros ignorantes contrarios.

«Nos hablais, acaso, murmuran, de aquella ampolla sagrada que el Papa vertía (vertió habrán querido decir) antaño en la cabeza de Cárlo Magno, ceremonia que mas tarde fué sangrientamente parodiada por Napoleon I?».

No, señores: vosotros faltais á la verdad, porque nada sabeis; y nosotros, que sabemos un poco, no podíamos hablar tan desatinadamente.

Pero, viniendo al caso, debeis saber que la solemnidad en que se hacía uso de la *santa ampolla*, tuvo orígen en el famoso bautizo de Clodoveo, acontecimiento que se verificó *tres siglos* antes de la coronacion de Cárlo Magno; debeis saber que en aquel acto memorable, pasado en Reims, y no en Roma, como aseverais en vuestra ignorancia, intervino el Obispo San Remigio, y no el Papa, como con igual ignorancia decís; debeis saber que la referida santa ampolla sirvió constantemente para la consagracion de todos los reyes de Francia, hasta que, en medio de los desórdenes de la Revolucion, la hizo pedazos el furioso jacobino de Estrasburgo, Sühl, furioso liberal que dió remate á su existencia con un liberal suicidio.

Escribís: que tal ceremonia fué *sangrientamente parodiada* por Napoleon. Falso, falsísimo. El 2 de diciembre de 1804, el titan de Lodi y Marengo, fué coronado en medio de las aclamaciones del pueblo y de los solemnes himnos de la Iglesia que, triunfante, volvía, á surjir sobre las sangrientas ruinas que dejára la Revolucion.

Sin que se derramára una gota de sangre, lo que en ese día llamó la atencion, fué, valiéndonos de las palabras de un

eminente historiador, «que los descamisados de la víspera se «encontraron hechos altezas, monseñores, condestables, gran«des electores, archicancilleres, mariscales; viéronse coronas «ducales sobrepuestas á los nombres de los regicidas, y los «convencionales llevaban llaves de gentiles hombres»—Así infames son los tipos del liberalismo!

Sábios de «La Razon»: ¿escarmentareis, por fin?



"LA RAZON" SIGUE DESATINANDO.

Creíamos haber concluido la ingrata tarea de correjir los despropósitos de «La Razon», cuando nos llega su N.° 325, trayendo otros nuevos, sino mayores, iguales á los primeros.

¡Pobre hoja!—nos hemos dicho—La calamidad se ha cebado en ella, abrumando sus columnas con absurdos que se suceden con la desoladora frecuencia de las plagas de Egipto!

Prosigamos el trabajo reparador que nos hemos impuesto, trabajo que en algo se parece á la ocupacion que una persona solícita tiene con un varioloso, reventándole,uno á uno, el sinnúmero de granos que le desfiguran horriblemente el rostro.

Mas ¿podrá, «La Razon», curarse de su viruela moral é intelectual?—No lo esperamos.—Con todo, reventaremos, siquiera los granos mas notables de la reciente erupcion que la aféa.

Con el delirio proveniente de la calentura que lo abrasa,el órgano liberal, formula el contrasentido de que el catolicismo progresa tambien y cambia, á la manera de las instituciones puramente humanas. Y, con esta ocasion, nos llama «Otelos de la fé y de las creencias».

Como se vé, el desvarío de nuestros adversarios es de malísimas apariencias: hace temer una locura irremediable.

El progreso consiste en el ensanche y mejoramiento de lo que, habiendo principiado con los defectos y debilidades de toda obra humana, vá depurándose y robusteciéndose paulatina é indefinidamente. El progreso, es, por tanto, desarrollo, *mutacion*, trasformacion.

Ahora bien ¿cómo puede progresar lo que ha tocado los últimos límites del ideal; aquello que es la espresion de la *verdad una y eterna*; que es la realizacion del bien tal como es en sí, del bien en toda su amplitud; aquello que muestra el arquetipo de toda belleza?—¿Puede perfeccionarse lo que está perfecto?—¿Puede cambiar lo que es inmutable?

Entiéndase que nos dirijimos á escritores que se empeñan en decantar su catolicidad.

Católicos de «La Razon» ¿en virtud de qué, pretendeis pasar una institucion divina por el rasero de las pobres y perfectibles creaciones del hombre? ¿En qué os fundais, para afirmar que progresa tambien la obra acabada de Dios?—Luego: el Creador tambien es perfectible! Luego: el Ser en sí ha tenido y tiene defectos y lunares! Luego: no existe un tipo original y absoluto para el mejoramiento de la criatura!..........

Mientras nuestros incipientes propagandistas hablan tan lamentablemente como lo estamos viendo, un liberal neto é ilustrado, un liberal que niega la divinidad del Cristo, arrastrado por la fuerza irresistible de la verdad, se espresa así:—«No había ya mas que una palabra que añadir para señalar «su tarea á la humanidad. Encontróla Jesús: y esta palabra «es el coronamiento *de una doctrina que* JAMÁS SERÁ SOBREPU«JADA: Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos». (1).

El catolicismo es un cielo inmenso, por cuyos horizontes sin límite, marchan las instituciones humanas, se desenvuelven, purificándose, los sentimientos y vuelan las ideas, yendo siempre adelante y sin nunca poder tocar á su divino arquetipo. El progreso se verifica, sin fin determinado, en el espacio infinito de lo que no progresa, porque es perfecto. «El mundo marcha», pero lo hace recorriendo incesantemente las inmensidades abiertas por la verdad cristiana.

«La Iglesia misma.................ha reconocido el cambio en lo inmutable como es el dogma revelado», aseveran los redactores de «La Razon».

Semejante barbaridad, dicha es insoportable hasta como broma, y escrita es un atentado contra el sentido comun.

¿Cuándo reconoció, la Iglesia, el *cambio* de lo *inmutable*? ¿De qué manera lo hizo? ¿Con qué motivo? ¿Qué dogma de

---

(1).—Benlœw, *Les lois de l' histoire.*

fé ha variado? ¿En qué momento de insensatéz, los intérpretes de la palabra divina, los fieles depositarios de la eterna verdad, han osado deshacer la revelacion y correjir la obra sin mancha ni defecto de Dios?

Otelos de la preocupacion y del absurdo: mentís temeraria y néciamente; mentís con una mentira que nadie os creerá, porque es una mentira que choca con el imposible moral y con el imposible físico!

Además del hecho que, con su realidad, protesta contra vuestra impostura, vuestras mismas palabras destruyen lo que, con ellas, espresais. El *cambio* de lo *inmutable* es un contrasentido que no cabe en ninguna mente sana; es una increible é impracticable cópula de dos ideas diametralmente opuestas; es una afirmacion que niega, enlazada con una negacion que afirma; es algo como la muerte viviente, como la altura profunda, como la luz tenebrosa, como el absolutismo democrático.

Lo que es inmutable ¿cómo cambiará, permaneciendo incambiable?—Este singular enigma, al modo de ver de toda persona sensata, no *h*allaría acojida ni en una casa de orates.

Dicen los de «La Razon», que la Iglesia es tambien liberal, porque «hablan los canonistas de liberalismo dogmáticó». «Ahí está Augusto Nicolás», añaden, si se desconfia de nuestra «asercion».

Almas de Dios: no desconfiamos de vuestra asercion; pero sí, desconfiamos de la manera cómo entendeis lo que habeis leido.

Sois como la sabidilla mogigata que leía: «Nuestro Padre San Francisco comía como *bestia*», etc., en lugar de «comía como *vestía*». ¿Quién podía desconfiar de la sinceridad con que leía esa bachillera engañada por su ignorancia invencible?—Entre tanto, pronunciaba, de buena fé, un disparate.

Lo que Augusto Nicolás y cualquier otro escritor ilustrado quieren decir, hablando de liberalismo dogmático, es liberalismo de principios, liberalismo doctrinal. Se refieren, por consiguiente, á la parte teòrica, fundamental de donde se origina el liberalismo práctico.

«La Iglesia, repetís, realiza un principio de augusta unidad, la unidad de creencias». Es cierto; y por ello es, que dicha Iglesia, por órgano de su Jefe y de sus pastores, condena

el liberalismo que, siendo contrario á ella, viene á romper esa unidad.

«Pero, y entiéndase bien, continúa *La Razon*, el liberalismo político, crece y se desenvuelve, libre, aislado, sin sujecion alguna; independiente del liberalismo dogmático».

Lo que entendemos que hay en este pasaje, y lo entendemos bien, es que «La Razon» incurre en un nuevo y solemne desatino.

El liberalismo político, creciendo y desenvolviéndose, aislado, independiente, sin vínculo alguno con lo que le dá el ser, con aquello sin cuya existencia anterior no existiría jamás; el árbol ensanchando su tronco, multiplicando sus ramas, vistiéndose de verde follaje, separado de sus raices, sin contacto con ellas, aislado, lejos de ellas.........tal cosa no se comprende; y, si hay algo que comprender es, que tal cosa no pasa de ser una ridícula necedad.

Si el principio se aisla en sí, este principio no puede llamarse tal, porque nada produce. Si el liberalismo dogmático no encontrára aplicacion en la vida real, evidente es que no habría política liberal. Si la simiente no germina, no hay planta que se desarrolle, no hay fruto proveniente de una planta que no existe. Sin un manantial, no puede haber ni cristalinos arroyos, ni caudalosos rios.

Por Dios! ¿cómo pretender la separacion, el aislamiento recíproco de los dos términos de una série lógica, lógica en sí misma, lógica en sus aplicaciones?

Entónces, predicad tambien: que el hijo nace sin necesidad de padres que lo hayan procreado!

Además, «La Razon» misma, y en el mismo artículo donde cae en tan descomunal contrasentido, deshace de plano su absurda proposicion.

«Aquí ponemos punto, dice, á la parte doctrinaria, para ingresar en las cuestiones del liberalismo práctico».

¿Con qué objeto se ha ocupado previamente de la parte doctrinaria, dogmática? Si esta nada tiene que ver con la parte práctica, ¿por qué, «La Razon», ha estado perdiendo su tiempo y contrariando su propaganda, con cuestiones que, segun ella, no vienen al caso?—Es que lo falso de su insustancial garrulería, cede al poder incontrastable de las cosas.

Habiendo un liberalismo *práctico*, ha de preexistir un liberalismo *teórico* generador de aquel. ¿O qué significa la pa-

labra *práctico?*—Necesariamente, la *aplicacion* de un sistema de doctrinas.—Por consiguiente, fluyendo lo político de lo dogmático; siendo la realizacion, la *simple traslacion* de la esfera teórica al terreno de los hechos, no hay, es imposible que haya independencia, aislamiento entre los dos aspectos de una sola y misma entidad.

Despues de mostrarnos tamaña contradiccion, nuestros adversarios, caen,inmediatamente, en una *contracontradiccion*.

«Ingresaremos, concluyen, en las cuestiones del liberalis«mo práctico, única causa digna de una política séria: lo de«más es del dominio de las escuelas filosóficas que se disputan «el terreno de las UTOPIAS».

¡Pobres locos! Han empleado seis largos editoriales vagando, segun su propia confesion, vagando estéril é inoficiosamente, vagando sin rumbo fijo, por la region de las utopias; fundando en utópicos principios sus cuestiones de liberalismo práctico!

Luego: su *política séria* carece de base: lo que mas le falta es, justamente, la seriedad.

Han condensado un poco de viento, para hacer rodar por encima de él algunas pompas de jabon.

¡Pobres locos!



UN DÓMINE IMPOSTOR Y MORDAZ.

Nos habíamos equivocado al creer que «La Razon» ocupaba el grado ínfimo de la ignorancia en asuntos tan sérios y trascendentales como el que estamos debatiendo.

El N.° 76 de «El Progreso» de Cochabamba viene á rectificar semejante engaño, mostrándonos que hay declamadores que refunfuñan de mas abajo todavía.

Qué lástima!

El escritor que motiva nuestro presente artículo, será,por fin, el *non plus ultra* de los que, no sabiendo nada, se atreven á todo; de los que, careciendo de cultura, abundan en groseros desahogos, en cínicas indecencias y en frases tan vacias como chabacanas?—Seá lo que fuere, es mas pedante,

mas charlatan y mas audáz que los que ahora le baten palmas y le depáran laureles.

«El Progreso» se nos ha presentado con una fisonomía ridícula y en una actitud sumamente grotesca.—Es un tribuno con cogulla, dirá cualquiera que lo véa; y no faltará quien afirme: que, en traje de penitente, juega una farsa de carnaval. En seis largas columnas nos tráe un pasquin semireligioso y semiorgiástico. Es una detestable mezcolanza de testos bíblicos y de torpezas de arrabal, de máximas morales y de crapulosas palabrotas, de religion y de maledicencia, de muestras de desinterés y de manifestaciones de glotonería. Nos habla del Mártir del Gólgota, y de un «vaso de chicha»; de hostias, y de un sabroso *beefsteak*; del cielo, y de «*una refocilacion*»; de Dios, y, todavía, de «una cuba de chicha»....!

¿Quién es este insensato que, quizá sin darse cuenta, confunde lo mas santo con lo mas infame? Quién es este demente que, con mano profana, amasa una doctrina celestial con la borra del licor y el lodo de la obscenidad?—Predica y aulla, á la manera de esos frailes apóstatas de la Revolucion,quienes, sin dejar la capilla aun, blasfemaban ya; de esos renegados que enrojecían su hábito en la sangre de la guillotina y lo arrastraban por el fango del arroyo; de esos que repetían versículos del Evangelio entre los brazos de las *calceteras* del jacobinismo é interpolaban la *Carmañola* entre las estrofas del *Veni Creator*.

Este furioso que charla hasta el esceso y charla insulsamente, es, pues, tan loco como nécio. Mozo de cordel literarío, patan del periodismo, despues de llenarnos de dicterios y calumnias, termina su larga cadena de tonterías y desvergüenzas con esta galante grosería:—«Concluyamos ciudadanos del «Siglo Industrial.»—Sobre ser pícaros, sois unos tontos.»

Y «La Razon» aplaude! Está bien: «La Razon» participará del castigo.

Hay profusion de aforismos y de citas históricas en el bodrio báquico que nos ocupa.

Què júbilo el de los liberales que lo han trascrito! El colaborador de «El Progreso» es un sábio. Nada podrá responder el redactor de «El Siglo Industrial.» Luego, los liberales de aquí pueden cantar victoria!.

Desvanezcamos la momentánea ilusion de nuestros con-

trarios, anonadando la audáz impostura de aquel prodigio de ciencia.

Desde luego, su saber y su sólido criterio caen por tierra: porque se atreve á llamar «muy ilustrados» á los redactores de «La Razon», cuya ignorancia ha llegado ya á ser dogma de fé en el pais.

Fastidiosamente pedante é inculto, empieza por un desbarro.—Pone un pasaje del *Deuteronómio* en el libro de los *Paralipómenos;* haciendo, de este modo, que Moisès escriba luengos siglos despues de su muerte. Es como si hiciéramos hablar á Ciceron en medio de la Comuna de Paris; como si buscáramos en la historia de Bolivia las hazañas de Cárlos Martel; es algo como la ocurrencia de un envidioso nuestro, quién, para descubrir un plagio que nos atribuía, fué á buscar en «Las mujeres de la Bíblia» la biografía de Aspasia!

Liberales! ¿qué os parece la ilustracion de vuestro sábio? Seguid, pues, aplaudiendo!

«La verbena no se *revéntaba* en el Capitolio», dice este.

¿Por ventura, es, la verbena, alguna materia esplosiva y, por tanto, reventante? ¿O, bien, puede, la pólvora, ser *arrancada?*

Liberales: aplaudid!

«Cuando la gran Catalina hizo prender á dos Obispos polacos para mandarlos á morir en Siberia, no ultrajó en nada la religion nacional», afirma el celebérrimo colaborador.

Dispénsenos que le repliquemos: que su pedantería vá en razon directa de su ignorancia.

Sabido es que Catalina, al entrometerse en los asuntos de la Polonia, se declaró abiertamente contra la religion de este pais y en favor de los disidentes; sabido es que estos, como dice Rulhiéres, «reclamaban el apoyo de esas mismas potencias que, en Livonia, en Prusia y en las provincias cedidas por la Polonia á la Rusia en 1686, *habían hecho cesar el ejercicio de la religion católica*»; sabido es que, por tal motivo, el príncipe Repnin, embajador de la zarina en Varsovia, se estrelló ante la tenáz oposicion y la enérjica protesta de Cayetano Solticzk, obispo de Cracovia, del inmortal Zaluski, obispo de Kiew, y de Krasinski, obispo de Kaminieck; quienes, secundados por Durini, nuncio de la Santa Sede, se pronunciaron «por el mantenimiento de la libertad y DE LA RELIGION NACIONAL».

Tan memorable escena tuvo lugar en la Dieta de 1767.

A consecuencia de ella, y habiéndose evadido Krasinski, Repnin aprisionó á los otros dos prelados, el 13 de octubre de aquel año, y los proscribió á la Siberia.

Refiriéndose á Catalina con ocasion de este suceso, un juicioso historiador se espresa como sigue:—«*Establecer á mano «armada su propia religion;*..............dar parte á sus sa«cerdotes y á su nobleza en una soberanía extrangera, *contra «el espíritu mismo de estas religiones*.... ... en tal hecho «no se puede ensalzar ni el amor á la humanidad, ni la filoso«fía, ni la política». (1).

Liberales ¿qué pensais de vuestro sábio? Seguid, pues, aplaudiendo!

«El Canciller Miguel de l'Hopital había impedido con todas sus fuerzas, no solo que se persiga á los hugonotes bajo Enrique III», continúa el eminente escritor.

Confundámoslo.

Miguel de l'Hopital murió el 13 de marzo de 1573.—Enrique III fué consagrado rey el 13 febrero de 1575.

Liberales! ¿aplaudireis todavía?

Pero, sigamos admirando las enseñanzas de aquel maestro.

«Las rivalidades politicas, dice, tomaron pretesto religioso para degollarse mútuamente».

Barbaridad tan mayuscula, sería increible, sino la estuviéramos palpando. ¿Es, la rivalidad, algun ser susceptible de degollamiento? Hay, acaso, rivalidades provistas de un cuello espuesto á ser cortado? Cómo es que una rivalidad puede degollar, y otra ser degollada?

¿Y es cierto que dichas rivalidades degolladoras y degolladas fueron simplemente políticas?—No.—Contra la aseveracion del ilustrado ignorante, se levantan todas las escuelas históricas, dando á las guerras intestinas que ensangrentaron la Francia en la segunda mitad del siglo XVI, el nombre de *guerras de religion*.—Indudable es, que, en tan tremendas luchas, intervino tambien la política. Pero es falso que la religion fuera siempre un mero pretesto.

¿Desde cuándo empezó á prevalecer el elemento político? —Desde muy antes de la Saint-Barthélemy.—Empero, el liberal Michelet, afirma, que fuè mucho despues. Tratando de

---

(1)—Rulhiéres, *Histoire de l'anarchie de Pologne.*

los acontecimientos de *1587* (*quince años despues de esa carnicería*), escribe:—«La miserable historia que *ahora* relatamos, debería llamarse *Las intrigas bajo pretesto de religion.*»

Sepa, pues, nuestro eximio periodista, y sepan sus admiradores: que las guerras civiles de Francia, comenzaron por ser *religiosas*, haciéndose, luego, *religioso-políticas*, y, por último, político-*religiosas*.

Liberales de «La Razon»: aplaudid!

El predicador de «El Progreso» califica de *ortodoxo* á Enrique VIII, monstruo de lujuria y crueldad, que, por satisfacer sus inclinaciones de sátiro, rompió con la Iglesia, causó un cisma y se hizo jefe del anglicanismo, cimentando sus falsas doctrinas con la bárbara inmolacion de miles de católicos:

Liberales: aplaudid á vuestro sábio!

Asegura este: que la *guerra de 30 años*, fué política y nada mas, y sostenida por los estados eslavos apoyados en la Francia.

Falsísimo. En sus tres primeros períodos, aquella fué una lucha suprema de religion entre católicos y disidentes. Aunque la chispa del incendio partió de la Bohemia, los estados eslavos quedaron eclipsados casi por completo, y relegada su accion á un rango demasiado subalterno.

Veamos sino fué religiosa la colosal contienda del siglo XVII.

En su primer período, llamado *palatino*, Federico V, al coronarse rey de Bohemia, «impúsose el deber de no abandonar á sus hermanos en la fè».

En el período *danés*, Cristiano IV, se pone á la cabeza del *partido protestante* de Alemania, para hacer triunfar *su fé* y sus intereses políticos en los campos de batalla.

Viene, en seguida, el período *sueco*. Entre el polvo de los combates se levanta la heroica y brillante figura de Gustavo Adolfo. ¿Cuál es el fin que persigue este inmortal guerrero? «Gustavo no fué guiado solo por idéas ambiciosas como «generalmente se crée..............; no fué tampoco *únicamente* «por sus compañeros de religion en Alemania por quienes to«mó las armas, aunque la *piedad y la fe* reinaban con bastan«te fuerza en su alma.............sino *estas dos causas reunidas* «*fueron las que obraron fuertemente en él*». (1).

---

(1).—Kohlrausch, *Historia de Alemania*, t. 3.

En cuanto á Fernando de Austria, que, por su bravura y constancia, se hizo digno adversario de los campeones protestantes, hé aquí como se espresa un ilustre historiador:—«Hacía largo tiempo ya que Fernando prestára un juramento «*inviolable para él.* A los diez y nueve años, en una peregri«nacion á Loreto, habia jurado, ante la famosa Madona, con«sagrar su vida á la destruccion de la herejía, voto que cum«plió en sus estados de Carintia, de Carniola y de Stiria», etc. [1].

¿Cuándo predominó la faz política de la guerra?—Muy tarde: cuando la Francia de Richelieu intervino.

El 23 de mayo de 1618, principia mas religiosa que polica, con la defenestracion de Martinez, Slavata y Fabricio en Praga.

Doce años despues, mediante un tratado firmado con el gobierno sueco (marzo de 1630), tiene lugar la oculta intervencion del Cardenal Ministro. En 1635, entra este abiertamente en la lucha, lucha que recien entónces se hace eminentemente política, sin que, por ello, desapareciera el elemento religioso.

¿En qué quedan las bombásticas declamaciones del sábio? Liberales: aplaudid!

En opinion del insigne colaborador, Lutero, fué «un fraile truhan, un libertino, un renegado, un lascivo».

Pues, bien: ese bribon es, para el liberalismo, un génio sublime, un grande hombre. Los liberales lo proclaman por doquiera y en todos los tonos: padre, heroe, santo del liberalismo.

Redactores de «La Razon»: aplaudid mas!

El consabido maestro, afirma: que Simon de Montfort, por nada mas que interés, «se hizo el santurron y martirizó á los Albigenses».

Esto, á nuestro humilde juicio, es mostrar la mas crasa ignorancia y el desconocimiento absoluto del espiritu de aquella terrible época—«Simon de Montfort, dice H Martin, inspi«raba á sus coreligionarios una abnegacion sin límites.........; «identificaba su interés y su fé; sacaba de la conviccion de su «fatal mision una fuerza moral terrible! Estraña moralidad

(1).—Henri-Martin, *Histoire de France*, t. 11.

«la de estos héroes católicos de la Edad Media! Austeros has«ta la abstinencia, tenían horror al vicio, y no retrocedían an«te el crímen, si este les parecía servir á la causa de su fé».

Continuad aplaudiendo, liberales!

No sabemos por qué, nuestro sapiente difamador, dá el título de Vírgen del *Càrmen* á la *Panagia* de los griegos.—Indudablemente, será, porque su ilustracion le induce á cometer un nuevo despropósito.

Copérnico, Colon y Silvestre II, «fueron atormentados, escribe, mientras la ciencia pudo depender de los sacristanes».

Insoportables son ya las herejias históricas en que incurre el dómine.

Copérnico disfrutó de una de las mas sosegadas existencias, y murió en paz. En 1543 dedicó á Paulo III sus «Revoluciones de los orbes celestes»; siendo notable este pasaje de su dedicatoria: «si cualquiera nécio, desprovisto de conocimientos matemáticos, pretende condenar mi obra por no estar conforme con algun pasaje de la Escritura, porque él se empeñe en que no lo esté, despreciaré sus vanos ataques». El jefe de la Iglesia acojiò el libro y tomó bajo su proteccion al autor.

¿Qué sacristanes atormentaron á Colon? ¿Fueron, quizá, los monjes de Santa María de la Rábida, que le dieron generosa hospitalidad, que aplaudieron sus grandiosos pensamientos y le allanaron el camino? ¿Fuè, acaso, monseñor Geraldi, nuncio apostólico, que demostró «que las aserciones de Colon en nada contradecian ni á San Agustin ni á Nicolás de Lira, que no eran cosmógrafos ni navegantes»?............

¿Quién y cuándo persiguió al insigne Gerberto que, al ceñir la tiara, tomó el nombre de Silvestre II?—Nadie, ni nunca.—El único período agitado de su vida es aquel en que disputó la silla de Reims al Arzobispo Arnoul.

Liberales de «La Razon»: aplaudid frenéticamente!

Hay, en la famosa colaboracion de «El Progreso», muchísimos desatinos mas. Los pasamos por alto, por no estendernos demasiado.

¿Qué juicio formará el público de la hinchada y vacía produccion con que «El Progreso» nos provoca?—El mas triste, por cierto.—Pero, mas triste, talvez, es la suerte merecida por los bienaventurados que han recibido con ruidosas aclama-

ciones ese pasquin en que la pedantería mas insolente corre parejas con la mas cínica indecencia.

Hé ahí al erudito; hé ahí al formidable atleta; hé ahí al triunfador con el que han creído vencer los liberales.

Y es un ente de esta catadura el que ha osado llamarnos pícaros y tontos!

A tan nécio atrevimiento, solo contestaremos, como César:—

«¿Tu tambien, Bruto?».



CONCLUYAMOS.

Como lo hemos demostrado, el formidable dialéctico de «El Progreso» no es de los que inventaron la pólvora.

¿Por qué no le dejamos disparatar libremente, sin prestar atencion á sus luminosas inepcias?—Porque, con gran sorpresa nuestra, vimos un grupo de escritores liberales prendados de sus peregrinas ocurrencias, asombrados de su instruccion, alucinados por su inculta é indecente palabrería.

¿Dónde bebió, aquel erudito á la violeta, la sabiduría que tiene embobados á los compasibles propagandistas de «*La Razon*»?—En las Batuecas, sin duda: porque todo le ha salido al revéz,

La lectura de «Las mil y una noches», unida á un poco de atrevimiento y de descaro, suele formar (para los papanatas, se entiende) una reputacion, que vacila y cáe, cuando deja el medio ambiente de la comedia. Atletas de tal género valen tanto como los soldados de papel pintado.

Ya que hemos principiado, fuerza es que concluyamos.

La presente polémica es, para toda persona sensata, una noble polémica de doctrinas, doctrinas generadoras de dos sistemas políticos opuestos, que, buenos ó malos, son sistemas de grande trascendencia, eminentemente prácticos y, por lo mismo, de interés palpitante. El debate originado por su oposicion, cualquiera que sea su giro, es forzoso que se ajite allí donde toda individualidad desaparece y donde únicamente

se levanta una enseñanza; allí donde no hay personas á quienes ensalzar ó escarnecer, sino principios que es necesario sostener ó combatir; allí donde si alguna vez se considera al hombre, no es sino como á intérprete de las idéas que pugnan, como á espositor de los hechos generales—encarnacion de esas idéas. Todo lo que de esta esfera superior sale, sobre ser inoficioso, es ruin é infame. Y quién esgrime armas tan inútiles como indecorosas, cosecha una justa reprobacion; al paso que el contendor villanamente ofendido, recibe, en aquellos viles ataques, una especie de homenaje—el homenaje envuelto en los desahogos de la impotencia enfurecida.

Viniendo ya al asunto ¿qué importancia tiene la impertinente y destemplada cháchara que, á guisa de argumentacion, nos opone el colaborador de «El Progreso»? ¿Qué eficácia puede haber en el lenguaje tabernario con que nos injuria, atribuyéndonos actos y tendencias que están muy lejos de nuestra conducta y mas lejos aun de nuestro carácter? ¿Acaso se dilucida una cuestion de principios, hablando de cohech , de quintos de boliviano, de corrupcion, ni de pretorianismo, ni de refocilacion, ni de vasos y cubas de chicha.......como torpemente lo hace aquel pregonero? ¿Por ventura, estos son argumentos fundados, ó siquiera especiosos sofismas para la causa que defiende? No es verdad que su sola mension produce nauseas é irrita á todo individuo culto y que sabe cuán alta y sagrada es la mision del periodista?

El larguísimo libelo de «El Progreso» es, pues, sumamente deshonroso para su anónimo autor; asi como para los que acojen como razones sus denuestos, como silogismos sus calumnias, como doctrinas sus groserías.

Movidos por una conviccion sincera y á consecuencia de una lucha *suscitada por los escritores del partido liberal*, presentamos la antítesis de dos grandes sistemas politicos que tienen por fuente dos grandes sistemas dogmáticos ó doctrinales; pusimos en claro la oposicion de dos corrientes de ideas; evidenciamos la incompatibilidad de dos programas prácticos de gobierno y civilizacion; y nuestros adversarios, y en especial el que nos ocupa, nos vomitan injurias, nos oponen absurdos, falsean mil hechos históricos, citán otros mil completamente ignorados por ellos y se desatan en indecencias que, si bien serán oportunas en una crápula, de ningun modo son aceptables en una controversia.

Devolvemos, por consiguiente, al mordáz charlatan de «El Progreso» el testo bíblico con que empieza su desgraciada colaboracion.

Exímio escritor, contrincante culto: no hagas de la prensa una meretríz deslenguada é infame. *Nequaquam ultrá loquaris de ac re ad me.* «Basta ya: no me hables mas de esto». No me vuelvas á hablar: porque es inconducente en el debate, y es ignominioso para tí; porque es un baldon para tu partido, una mancha para tu pátria y, sobre todo, porque de nada te sirve, sino es de afrenta. Enlódas tu bandera, deshonras tu pais y haces odiosa tu causa. Sube á la elevada region de la idèa; deja el fango de los dicterios; no faltes á la verdad histórica ni adulteres la verdad de lo que está sucediendo; no seas mentiroso ni maldiciente. No me vuelvas á hablar de esto!

La discusion actual, lejos de ser un arma de partido, como falsa y calumniosamente asegura nuestro sábio detractor, fué promovida *en las columnas del número 306 de «La Razon», por un artículo que se atribuye al general Camacho.*

¿Cuál era nuestro deber, si el palenque de la lucha quedaba abierto con la *iniciativa del jefe del partido liberal?*—Si las doctrinas profesadas por éste chocaban con las nuestras, era indispensable que lo dijéramos; y mas imperioso todavía, que demostráramos la superioridad de nuestra escuela política *engendrada por principios opuestos á los principios del liberalismo.* Recojimos, pues, el guante; pero, con la moderacion y el comedimiento del caballero. Nuestros adversarios hicieron lujo de villanía y destemplanza. Empeñada quedó la contienda.

Hé ahí el principio.

Nunca hemos calumniado al partido liberal. Nuestra taréa se ha limitado á rechazar los indignos ataques de sus voceros y á mostrar lo pernicioso de las erróneas doctrinas que aparecían y que han quedado en sus órganos de publicidad.

¿Cuáles son los munícipes y diputados á cuyo triunfo tendían nuestros humildes escritos?

La lucha electoral acaba de pasar. ¿Qué candidatura hemos prohijado? qué nombre hemos indicado siquiera?—Ahí están los hechos desmintiendo las groseras imputaciones del colaborador de «El Progreso».

Periodista sin decoro ni cultura: no me vuelvas á hablar de esto!

No obstante de tener un lejítimo é indiscutible derecho para obrar eficázmente en pró de cualquiera de los partidos militantes en el pais, hemos llevado nuestra escrupulosidad hasta el punto de prescindir en lo absoluto de este género de luchas. Hemos tenido un especial cuidado en alejar la mas leve sombra de personalismo de la altísima polémica que sustentamos.

¿Bajo què bandera se nos ha visto hoy, para atribuirnos «intriguillas de mezquina política»?—Bajo ninguna—¿Y, entónces, por qué nos calumnia aquel burdo declamador?-Valiéndonos de sus mismas palabras: porque es un pícaro ó un tonto.

A fin de desvanecer el resto de sus imposturas y dejar confundida su procacidad, espresándonos vulgarmente como él, le diremos: todo está ya en *letras de molde*. Esto significa que no hay lugar á tergiversacion ninguna. En letras de molde consta: que los liberales han asentado tésis anticatólicas; y consta que han, no solo negado, sino escarnecido mas de un dogma de fé. Esta «cosa que es infinitamente mas sagrada que la verbena», ha sido, no ajada únicamente: ha sido despreciada y hollada!

Que ese petulante que se dice «ultramontano»; que ese mogigato con gorro frigio que vá á «rezar en el templo de la «Compañía una novena cuya jaculatoria ó antífona en verso «dice así:—

«*Toda la culpa está en mí*

Y vos la pagais Señor!»; que ese gazmoño difamador que ruega á Dios «al saludar el sol en su orto», sepa que los fundamentos de la religion que asegura profesar se hallan atacados por la doctrina liberal: por la misma que en Bolivia se está propagando.

Un absurdo mas del sábio.

«Nosotros creemos, escribe, que la política es hija lejítima de la religion cristiana».—Aqui nos dá una prueba palpable, no de ignorancia tan solo, sino de inepcia.

Desde que hay gobernantes y gobernados, hay, *necesariamente*, política; y desde el momento en que existe mas de un estado soberano, dicha política, acertada ó no, es ya internacional. Por consiguiente, decir que la política viene solo del cristianismo, es caer en una estravagancia imperdonable.

Antes de nuestra era, no hubo, segun aquel ente, nada parecido siquiera á la política. No hubo vastos imperios y

tempestuosas repúblicas; no hubo, para ser breves en nuestras citas, no hubo ni Grecia con su siglo de Pericles, ni Roma con su siglo de Augusto, ni un sábio que, con el nombre de Aristóteles, escribió su libro intitulado «*Política*»...........!

Es una tarea harto ímproba la de controvertir con garladores imcompetentes como los que, por desgracia nuestra y para mengua del partido liberal, se nos han afrontado.

Con el cristianismo nació la *política cristiana*. Con el anticristianismo moderno apareció la *política liberal*.—El Evangelio es la fuente de aquella.—Los decantados *principios del 89* son el compendio de esta.

Nunca manifestamos la pretension, que nos imputa el penitente de «El Progreso», de mezclar la religion con la política.

Varias veces hemos repetido: que ambas entidades son distintas; pero que se hallan estrechamente unidas, que se engranan, que se compenetran.

Fuera de lo que les es esclusivo, las dos esferas tienen mil puntos de contacto y mil aspectos de comunidad en su espíritu y en sus tendencias: puesto que son partes componentes del organismo social. Una y otra, lo hemos dicho hasta el fastidio, se trasmiten recíprocamente sus respectivas influencias. Hay entre las dos acciones y reacciones mútuas, constantes, no interrumpidas. Deben, en consecuencia, estar siempre acordes, á fin de que el progreso se realice ordenada y efectivamente.

Es por ello, que el catolicismo rechaza la política liberal, política antitètica de la cristiana.

¿Cómo es que el dómine desvergonzado, sueña identificar dos elementos tan heterogéneos como los que, en la presente discusion, dividen las opiniones? ¿Es posible que la noche se cobije bajo los resplandores del sol?—Esto sí que sería mezclar absurdamente lo *inmezclable*.

Los mas ignorantes saben, que hay dos escuelas de cuyas enseñanzas parten dos géneros de política:—La Iglesia y el Liberalismo.

Esta dualidad existe y dá orígen á una lucha que conmueve todo el mundo civilizado, lucha que acaba de suscitarse tambien en Bolivia.

No importa, como ya afirmamos antes, que las dos polí-

ticas que pugnan, parezcan estar de acuerdo en varios detalles. No importa: porque su oposicion está en el fondo.

Si hay controversia, ya lo dijimos tambien, es, precisamente, porque hay apariencias engañosas. Pues, sino las hubiera, claro está, que un debate sería demasiado supérfluo.

Despues de esta esplicacion, se insistirá todavía en aseverar que mezclamos la religion y la política?

«¡Callaos tontos! murmura el inepto charlatan de «El Progreso».—«Para entender lo que hablais, aun os falta, ó mucha buena fé, ò mucho sentido comun».

¿A quién toca, ahora, este grosero reproche?—Al rudo pedante que nos calumnia.

Acabemos ya.

«La política es hija lejítima de la religion cristiana», escribe el sapientísimo tonto.

Y el tontísimo sabiondo, asegura tambien: que aquella hija y esta madre son «dos polos opuestos».

Es demencia ó es idiotéz la que aborta tan contradictorios é inconciliables absurdos?

Visto está que el ínclito paladin que nos ha tenido fastidiados hasta aquí, no es siquiera un pasable bufon.

Concluyamos, ciudadano de «El Progreso».—Vuestras imperdonables groserías no tienen mas fondo que una necedad consumada.



LA PRIMERA ETAPA,

Terminada está la polémica impersonal á que nos llamaron nuestros personalistas contrarios. Tócanos cerrarla con el mismo espíritu que nos animaba cuando la aceptamos: *sine amore nec odio*.

Exentos de toda pasion mezquina, de todo interés bastardo, sin intencion de herir á nadie, sin haber herido á nadie, ingresamos en el debate; ingresamos, obedeciendo tan solo á una inspiracion de nuestra conciencia, cumpliendo solamente un deber sagrado, á la vez que poniendo en práctica un lejítimo derecho.

¿De dónde partió la señal de la contienda?—De las filas del liberalismo.

Callar habría sido prestar una aprobacion tácita á una doctrina esencialmente anticatólica; callar habría sido no tener conviccion ninguna, ó no respetar la conviccion tenida; callar habría sido obrar cobardemente; ser cómplice de una propaganda tan falsa en sus lecciones como desastrosa por sus resultados; habría sido contribuir á fecundizar una labor perniciosa:–contribuir á que el sistema liberal diera, en abundancia, esos frutos envenenados que, como el *hatchis* oriental, traen bellísimos y fugaces ensueños y producen ingratas y duraderas convulsiones, que hacen surjir panoramas de oro y esmeralda en el mentido cielo de las ilusiones y aniquilan el organismo y hacen mas intensa la amargura del desengaño, que abren horizontes de luz y venturanza durante el letargo y muestran la realidad sembrada de espinas cuando al letargo pasajero sucede el terrible despertar; callar, en fin, habría sido permitir que aquí tambien,—sin que se levantára un acento de protesta siquiera,—empezáran esas orgías que convierten el *mundo libre* de nuestros días en teatro de una estupenda bacanal, de una bacanal donde, embriagados y delirantes, los hombres del siglo, gritan: *libertad!* y rinden culto al cesarismo mas tiránico!

Cuéntase que el general Comenciolo espiró tranquilamente en su lecho, sin haber derramado jamás otra sangre que la que le sacara la lanceta de su cirujano. Tan bizarro guerrero ha alcanzado la inmortalidad del ridículo y el lauro de la vergüenza.

En las contiendas de principios, contiendas llenas de ardor tambien, y hasta de un ardor febril, cuando, como en la que hemos sustentado, se presentan adversarios inconscientes, coléricos y mordaces; en estas contiendas superiores y mas trascendentales que las que se deciden con el filo de la espada, un Comenciolo sería, por cierto, mucho mas vil y despreciable que aquel héroe sin fuego en el corazon ni virilidad en el alma.

Es necesario luchar, ó renegar de todo credo. Es necesario luchar, ó dormir «el sueño de los palos y las piedras». Menester es tremolar una enseña, ó abandonarse á esa existencia mezquina, meramente animal, á cuyo espectáculo pudo álguien definir al hombre: «un tubo dijestivo».—No hay me-

dio entre la fé y el indiferentismo, entre el carácter y la ruindad, entre el entusiasmo ferviente y el helado positivismo.—Quien nada hace, de nada sirve, es un cero sin valor ninguno, está demás en el mundo.

El convencimiento íntimo de estas verdades, obró fuertemente en nuestro ánimo. Sin bastantes luces, pero con sobrado entusiasmo; sin ciencia, pero con fé sincera, entramos en la liza.

Lo demás es ya del dominio de la opinion pública.

Nuestros contendores nada han hecho por levantarse á la altura del asunto debatido. No han intentado siquiera el esfuerzo del cuervo que se propuso seguir las huellas del águila.—Inagotables en injurias, no nos han refutado: nos han mordido. Difamadores rabiosos, han dejado el razonamiento, para ocuparse esclusivamente de calumniar. Mas oportuna y honrosa que la argumentacion les ha parecido la gritería; han creido que la maledicencia era mas eficáz y decisiva que la lógica. Sus musas han sido la insensatéz y la ira. Inspirados por ellas, han navegado á plenas velas por el piélago del absurdo, á merced del viento de su vanidad, sin mas brújula que la del atrevimiento nacido de su ignorancia.

Entre tanto, quedan de pié nuestras aseveraciones. Ningun argumento nuestro ha sido deshecho, ni conmovido siquiera. Lo que dijimos subsiste, y subsiste confirmado, robustecido por el silencio de nuestros adversarios. Lo que contradijimos á estos, ha recibido tambien la sancion envuelta en igual silencio.

¿Podía, acaso, suceder de otro modo?—Nuestra era la doctrina.—De ellos, la pasion tan solo.—La viva y pura luz de la doctrina, ha quedado; y sus irradiciones son hoy mas intensas todavía que antes de la discusion—El fuego abrasador de las pasiones, solo ha dejado cenizas.

Nuestra serenidad ha contrastado con el vértigo furioso de los escritores liberales. Mientras controvertíamos,ellos vociferaban locamente.

Ha pasado su ruidosa algazara. Y, ya se puede ver, que el frenesí es impotente contra la conviccion; que es ilusorio pretender ahogar una enseñanza, no oponiendo á ella mas que las contorsiones de la epilepsia y los arrebatos del delirio; ya se puede ver que el insulto se embota contra el carácter y nunca

produce mas efecto que el de envilecer al desdichado que le profirió.

A pesar de todo ¿qué hombre sensato no celebrará esta contienda, por repugnantes y odiosos que hayan sido los medios empleados por los periodistas liberales? Haciendo abstraccion de lo reprobado é indisculpable de tales medios, el hecho es, en sí, de alta significacion. Vemos en él, la señal inequívoca de que nuestra pátria ha avanzado un paso mas y entra en un nuevo período de vida. Sí: el *personalismo* se muere, se muere irremisiblemente en medio del advenimiento de la *idéa!*

Es por ello, que al pugilato sucede la controversia; es por ello que, á la infame idolatría de los caudillos, reemplaza el santo fervor por las doctrinas.

La desordenada zambra liberal de que hemos sido víctima, no es mas que una mueca horrible que, en su desesperada agonía, hace el mal génio que se vá!

Durante la polémica, hemos desflorado únicamente y solo bajo muy pocos puntos de vista, la trascendental y vastísima cuestion, iniciada en el país.

Sin merecerlo, por lo débil de nuestras fuerzas; mereciéndolo por la fuerza de nuestras convicciones y el ardor de nuestro entusiasmo, nos ha cabido la alta honra de ser los primeros en luchar y, con esta lucha, abrir un elevado palenque á los robustos atletas que ambos sistemas deben contar en Bolivia.

Vengan, pues, esos pensadores á controvertir en esta esfera superior. A ellos toca la meritoria y fecundísima tarea de ilustrar á sus conciudadanos y preparar las nuevas generaciones al grandioso porvenir que ya se anuncia de una manera tan evidente como consoladora.

Al tomar aliento en la primera etapa, tras una lid tan llena de amarguras y no escasa de purísimas satisfacciones, celebrámos nuestro triunfo, olvidando los sinsabores de la lucha.

FIN.